# LA ILUSTRACION
## PERIÓDICO UNIVERSAL

MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 22.—SÁBADO 1.° DE JUNIO DE 1850.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 60
Ultramar y Estranjero: Año 80


## HISTORIA DE LA SEMANA.

QUIEN conozca la situacion del pais, no dejará de admirarse de la multitud de proyectos que estos dias se multiplican, particularmente en lo que toca á obras públicas. Los periódicos llenan diariamente sus columnas con anuncios que harian honor al pueblo de mas prosperidad y de mas medios. Caminos de hierro por docenas, vias navegables inmensas, todo se intenta y de todo se habla, pero seria bueno que se nos señalasen al propio tiempo algunos resultados, que se nos diera cuenta de alguna cosa ejecutada. Los periódicos, que tan pronto como se anuncia el proyecto de un ferro-carril, se ocupan puerilmente del dia y la hora en que ha de abrirse á la circulacion, y de los pormenores mas minuciosos, como si lo estuvieran ya viendo, se olvidan de que desgraciadamente el ferro-carril de Aranjuez, ni está concluido, ni hay esperanzas inmediatas de que concluya, de que los de Alar á Santander y San Juan de las Abadesas, si hace mucho tiempo que están en las columnas de los periódicos, están aun solamente en ellas. Y entre tanto, varias carreteras se encuentran abandonadas, entre ellas la de Galicia, la de Zaragoza, y á las puertas de Madrid, las que llevan á los sitios reales.

Una mejora destinada á cambiar el aspecto de la capital del reino, parece mas próxima á realizarse; hablamos de la conduccion de aguas del rio Lozoya á Madrid tantas veces proyectada, y cuyas bases ha publicado en un real decreto la *Gaceta* del 26. Tambien se ha publicado una real órden en la que se anuncia que estando proxima á entrar S. M. la reina en el noveno mes de su embarazo, es su voluntad se tributen gracias á la Providencia, y se imploren de nuevo sus auxilios en rogativas. La indicacion de un nuevo decreto relativo á las clases pasivas, la de otro previniendo los medios de crear un cuerpo de ingenieros mecánicos, y la de otro, en fin, concerniente á los buques de guerra de varias clases, es cuanto tenemos que añadir á la acostumbrada reseña de lo contenido en la parte oficial de la *Gaceta*.

El espíritu minero está recibiendo en este momento un nuevo impulso. En Cataluña se estan haciendo nuevas investigaciones respecto á algunos terrenos auríferos. Los criaderos argentíferos de Hiendelaencina y otros puntos de la provincia de Guadalajara, lejos de perder su importancia, han aumentado en estos últimos dias. En la provincias de Aragon se comenzará en breve la esplotacion de un rico mineral que hasta ahora no se habia descubierto.

Las juntas de las provincias vascongadas continuan pacíficamente sus sesiones. Nada mas notable ocurre en el interior.

FRANCIA. Van poco á poco cediendo los temores de guerra, y ya nadie cree que puede tener graves consecuencias el rompimiento con la Inglaterra. Sin embargo, se aseguraba que el general de Lahitte persistia en su resolucion de retirarse del ministerio, si no se consigue que el gobierno inglés dé satisfacciones cumplidas por los agravios que ha hecho á la Francia. Corria tambien la voz de que se habia enviado órden á Tolon para que saliesen inmediatamente todos los buques de vapor disponibles, y, pasando á Civita-Vechia, tomasen allí tropas de las que se encuentran en Italia y las trasladasen á Grecia.

Treinta y cinco eran, por de pronto, los oradores inscritos para hablar en contra de la reforma electoral. Entre ellos se encuentran el general Cavaignac, M. Arago, de la Moskowa, Barthelemy, Saint-Hilaire, Madier de Monsjau, Bac, de Lamartine y J. Favre. Si todos los inscritos, y los que vayan inscribiéndose, hacen uso de la palabra, hay debates para largo tiempo.

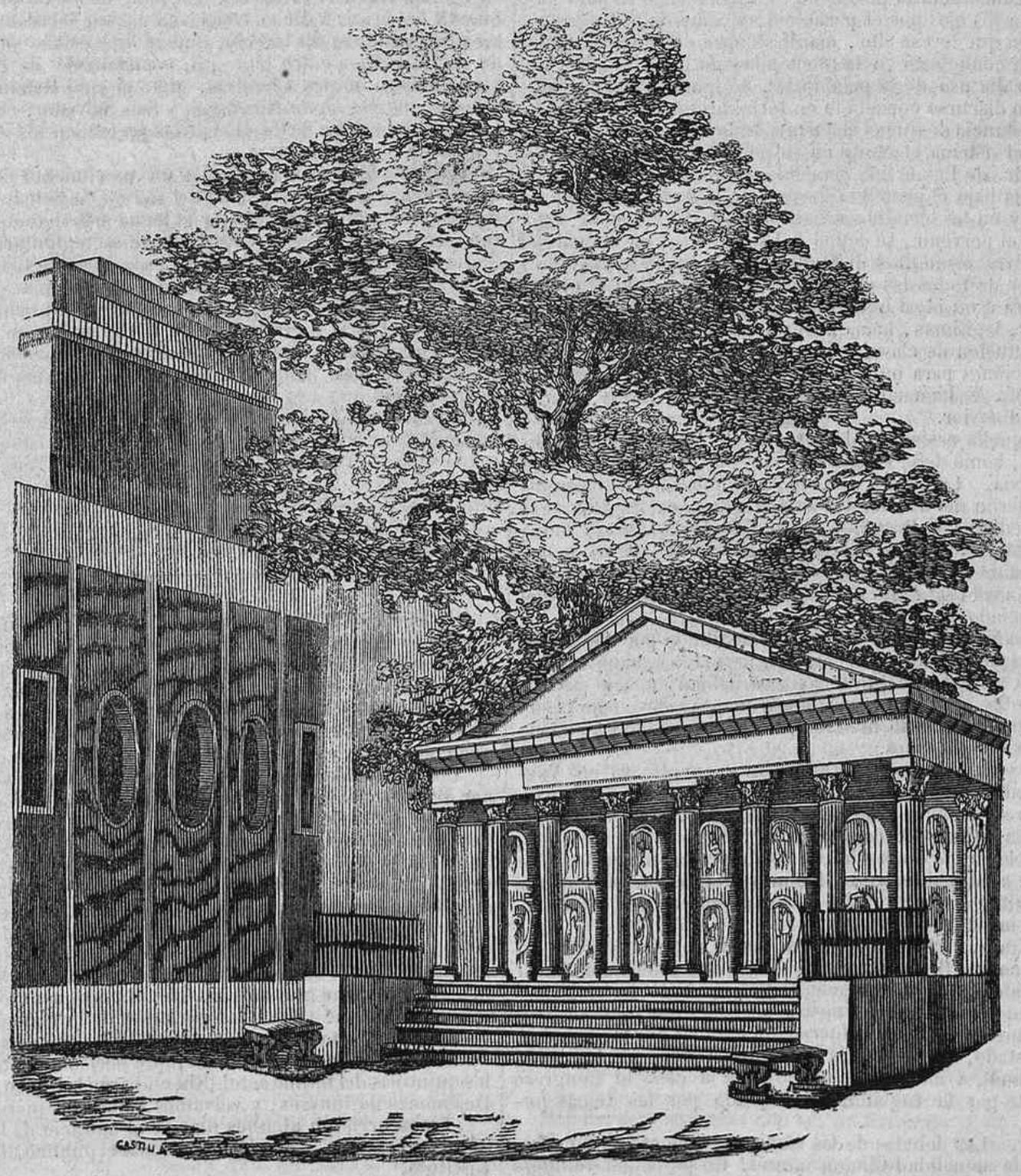
La opinion general piensa que los socialistas no tienen por ahora mas proyecto que dar toda la estension posible á su comenzado plan de protestas contra la reforma electoral, á fin de escitar por este medio la zozobra y la agitacion, y tener preparado el terreno para cuando la ley haya sido votada, que será el momento designado para lanzarse á la pelea. De aquí á entonces esperan los socialistas haber fatigado de tal modo á las tropas y principalmente á la guardia nacional, que, cuando sea preciso apelar á ellas no pueden batirse con energía y decision.

Otros rumores tambien graves han circulado en París: se decia que el presidente de la república, ofuscado por un momento con las numerosas protestas que llegan de todas partes contra la reforma electoral, y con la agitacion que reina en París, habia pensado cambiar el ministerio, componiendo uno nuevo con personas de las que militan en la oposicion y con algunos de sus amigos y comensales, de estos que no han hecho nunca buenas migas con la mayoría. Parece con efecto que entre los muchos planes formados por los sugetos que rodean á Luis Napoleon, el de un cambio de ministerio en el sentido que acabamos de indicar, no es el que ha corrido con menos visos de certeza; pero se asegura que el presidente de la república se ha negado rotundamente á deshacerse de sus ministros actuales. En suma, por todos lados no se descubre mas que incertidumbre y temores.

El 21 comenzó en la Asamblea francesa la discusion sobre el proyecto de reforma electoral. La afluencia de espectadores en las tribunas públicas y reservadas era tan considerable, que muchas personas llegaron á pagar diez napoleones por un billete de entrada. Mr. C. Lagrange, el célebre perorador de *barricadas*, inauguró los debates con un discurso contra la urgencia; Mr. de Flotte habló en el mismo sentido. La mayoría no tuvo por conveniente contestar, y pasándose á la votacion, quedó aprobada la urgencia por 461 votos contra 239.

El primero que trató de la cuestion principal, fué el general Cavaignac en un discurso concebido en términos sumamente circunspectos y moderados, y pronunciado con la mayor calma. La Asamblea le escuchó con el mas religioso silencio.

El general Cavaignac combatió el proyecto como inconstitucional: en su opinion, vá á quedar falseado el principio del sufragio universal, constituyendo como en tiempo de la monarquía legítima y de la monarquía constitucional un estado legal en el que no cabe la universalidad de los ciudadanos, y preparando asi los elementos para una nueva lucha. Añadió el orador que en el proyecto se desconocian los principios constitutivos del gobierno, y que la mutilacion del sufragio universal destruia la fuerza de los poderes que emanan de él. A la palabra mesurada del general Cavaignac sucedieron las ardientes declamaciones de Victor Hugo, que comenzó su discurso manifestando que el sufragio universal babia reemplazado al derecho de insurreccion, y que anular el primero equivalia á rehabilitar la segunda. La montaña le



El árbol de Guernica.

Ministerio de Cultura

aplaudió frenéticamente, en particular en un pasage en que, desplegando los grandes recursos de su brillante imaginacion, comparó á los autores de la reforma con los enemigos mas temibles de la sociedad y del porvenir. Mr. Hugo atacó sin piedad á los gobiernos corrompidos del tiempo de la monarquía. Mr. J. de Lasteyrie le respondió defendiendo en primer lugar á los gobiernos de la monarquía de julio, y presentando en segundo varias consideraciones sobre la necesidad de adoptar la reforma y tambien sobre la constitucionalidad de la medida. La sesion terminó con un discurso de Mr. Pascal Duprat, que pocos escucharon, por ser ya la hora muy avanzada.

En cuanto á la impresion producida por los debates del primer dia, diremos tan solo que los periódicos socialistas proclaman su triunfo moral, asegurando que el proyecto ha quedado completamente destruido con los elocuentes y magníficos razonamientos de los oradores de la *montaña*, y en especial de Victor-Hugo. Los periódicos conservadores dicen, por el contrario, que los primeros debates han bastado para reducir á la nada los grandes argumentos invocados por la oposicion.

Al siguiente dia comenzó la sesion por la presentacion de peticiones contra la reforma. Entre ellas merece citarse la que produjo Mr. Larochejaquelein para que entes de votarse la ley electoral se haga un llamamiento á la nacion. Como este personage es el gefe de la fraccion de los legitimistas ardientes debe suponerse que estos estan dispuestos á combatir el proyecto de ley. Mr. Bechard tomó el primero la palabra para sostenerle.

Mr. de Montalembert pronunció un discurso que los periódicos conservadores celebran muchísimo. El orador examinó la cuestion bajo un punto de vista elevado, trató desapiadadamente á los republicanos de la vispera, demostrando que despues de la dura leccion que han recibido del pais, el cual les ha derrocado del poder donde la casualidad los habia encumbrado, no tienen ahora inconveniente, en un desquite de amor propio, en aliarse con sus encarnizados enemigos los socialistas. El general Cavaignac se creyó comprendido en esta calificacion, y tomando la palabra respondió en tono severo: «No tengo yo la culpa si con vuestras imprudencias asiste el derecho á los socialistas. Yo no pertenezco á ellos, y ahora como en 1848 defiendo el sufragio universal, odiosamente atacado entonces en su espresion y en el dia en su orígen.»

La sesion y la discusion general terminaron con un discurso de Mr. M. Arago en respuesta al de Mr. de Montalembert. M. de Lamartine quiso hablar, pero no le alcanzó el turno.

Al siguiente dia 25, y antes de comenzar los debates, varios representantes de la *montaña* depositaron sobre la mesa muchas peticiones contra la reforma electoral. En seguida Mr. Victor Hugo tomó la palabra para responder á alusiones personales de Mr. de Montalembert, y aunque anunció que una estincion de voz le impedia hablar, vemos por el estracto de la sesion que lo hizo largamente. El orador estaba rechazando con el mayor calor la acusacion de inconsecuencia de que se le habia acusado, y sosteniendo que siempre habia defendido las mismas doctrinas, cuando un representante se acercó y le entregó un periódico en el cual, segun parece, habia un himno á la monarquía compuesto por Mr. Hugo. Algo desconcertado el poeta con esta exhumacion, pasó rápidamente los ojos por el periódico, y como de todas partes le gritasen que leyese alto, manifestó que eran unos versos que habia compuesto en 1848 cuando solo tenia 15 años. En el mismo dia usó de la palabra Mr. de Lamartine, pronunciando un discurso concebido en términos moderados. Habia la circunstancia de que el elocuente orador ha censurado fuertemente el sistema electoral en su periódico *El Conseiller du Peuple*. Mr. de Lamartine concebia su oposicion al proyecto de reforma bajo el principio de que no puede hacerse sino en la época y en los términos señalados en la Constitucion: examinando el porvenir, se ocupó del socialismo, en el cual reconoció tres elementos distintos: el jacobinismo envidioso destructor de todos los gobiernos y de la sociedad; la utopia que aspira á un ideal quimérico, y las tendencias sinceras, honradas, legítimas, hácia los principios de igualdad, beneficencia, fusion de clases y nivelacion, no de fortunas, sino de condiciones para optar al trabajo. Este último socialismo es el de Mr. de Lamartine. Le contestó Mr. Baroche, ministro de lo Interior.

En aquella sesion habló largamente Mr. J. Favre, combatiendo, como debe suponerse, la reforma electoral.

ALEMANIA. La *Gaceta* de Colonia publica un parte telegráfico de Berlin del 22, en que se anuncia que al trasladarse el rey al mediodia á Postdam, habia sido herido en un brazo de un pistoletazo. La herida no era grave, y S. M. se encontraba bastante bien. El autor de esta tentativa se llama Seleloge, y ha sido sargento de artilleria de la Guardia, de la que fué licenciado por inútil.

El Congreso de Francfor se ha constituido por último en Asamblea plena de la Confederacion germánica, habiendo notificado á los Estados que todavía no habian enviado sus representantes para que lo verifiquen cuanto antes, bajo el supuesto de que si no lo hicieren, no por eso detendrá el Congreso sus resoluciones.

RUSIA. El emperador de Rusia se encuentra ya en Varsovia, á donde ha debido pasar el príncipe real de Prusia. Tambien se anuncia que el emperador de Austria se propone hacer una visita al autócrata. S. M. I. llegó á Trieste el 12, cuya poblacion le ha hecho un recibimiento magnífico. Por la noche asistió al teatro, y fué muy victoreado. Al siguiente dia recibió á las autoridades y visitó parte de los establecimientos marítimos.

DINAMARCA. El 18 corrian en Berlin noticias alarmantes de Dinamarca. Habia regresado el general Bulow sin haber conseguido nada. El gabinete dinamarqués se ha negado á entrar en negociaciones sino bajo las bases que tienen fijadas anteriormente, las cuales fueron rechazadas por los ducados. En tal estado, se cree que la Rusia intervendrá con las armas en la mano, á menos que no se lleve á cabo el Congreso propuesto por la Inglaterra y aceptado por las demás potencias.

ITALIA. Los debates de las cámaras piamontesas no ofrecen en la actualidad ningun interés. Un periódico religioso de Turin anuncia que el cardenal gran penitenciario habia dirigido al arzobispo Franzoni una carta, manifestándole que el papa aprueba completamente su conducta, y prodigándole toda clase de consuelos espirituales. Si el hecho es cierto, nada tendrá de estraño que los prelados se alienten en su resistencia á las medidas del gobierno, y que sobrevengan nuevos conflictos. Ya se anunció que la autoridad civil ha descubierto una circular del obispo de Saluces, concebida en los mismos términos que la del arzobispo, y que en su consecuencia iba á procederse contra aquel diocesano.

CHINA. Por la mala inglesa de la India se ha recibido en Marsella la noticia del fallecimiento del emperador de la China, acaecida el 25 de febrero último, de resultas de una pulmonía que cogió al asistir á los funerales de la emperatriz viuda. Al comunicar el gobernador de Canton esta triste nueva á los representantes de las potencias estrangeras, se espresa así:

«Os informo que de las nuevas que he recibido de la capital resulta que el emperador ha emprendido el gran viaje montado sobre el dragon celeste, para hospedarse en el cielo, y que su sucesor ha subido al trono.»

El nuevo emperador de la China ha tomado al subir al trono el nombre de Se-Hin. Es el hijo tercero del emperador difunto; el primero falleció hace años, y los dos siguientes son princesas casadas ya. Tiene ahora diez y nueve años. Ha confirmado en sus cargos á los ministros de su padre, y por esa razon se cree que por ahora, al menos, no habrá alteracion en la política del celeste imperio. El comisario inglés de Hong-Kon, despachó inmediatamente, en cuanto tuvo noticia del fallecimiento del emperador, un barco de vapor con un comisionado especial que llevaba el encargo de cumplimentar á Se-Hin.

INGLATERRA. Los periódicos de Lóndres se ocupan casi esclusivamente del asunto relativo á la retirada del embajador francés. En general se espresan con bastante violencia: dicen que el paso dado por el presidente de la República y el aparato teatral con que el general de Lahitte dió cuenta á la Asamblea francesa del llamamiento del embajador, ha sido todo preparado con objeto de distraer la atencion pública, á fin de que se adopte sin dificultad la reforma electoral.

Segun la version oficial, lejos de haber manifestado lord Johon Russell que se habia dado órden á lord Normamby de que se retirase, declaró que no se habia enviado semejante órden, y que no seria preciso apelar á esta medida.

ESTADOS-UNIDOS. Por el vapor *Cámbria*, que acaba de llegar á Liverpool, se han recibido noticias de Nueva-York del 8 y de Alefar del 14: ningun suceso notable habia ocurrido en los Estados-Unidos. Los fondos públicos se encontraron á un precio que jamás han tenido en aquellas repúblicas, lo cual se atribuye á los cuantiosos capitales que de Europa van allí á buscar empleo seguro. Las noticias de California pintan el estado de las minas como mas próspero que nunca, y hablan del hallazgo de una barra de oro de 93 libras, que será, si no hay ponderacion, la mayor que se ha descubierto en el mundo.

ESTADOS DEL CENTRO DE AMÉRICA. La guerra civil que ha desolado el Estado de Goatemala, tanto tiempo, debia cesar prontamente con el desaparecimiento de uno de los principales pretestos de la rebelion de la montaña; á saber la muerte en un encuentro con los sublevados del general Cabrera, el hombre mas notable de aquel pais desde 1840.

La rebelion del general Guardiola habia sido sofocada en Honduras por el gobierno. El plan de dicho pronunciamiento era erigir á dicho estado en nacion soberana, y ajustar con Inglaterra un tratado, que se dice estaba ya convenido en Costa Rica entre Jáuregui, comisionado de Honduras, y el ministro inglés Chatfield, por el cual Honduras debia desechar la alianza de Nicaragua y San Salvador, ceder el litoral que á nombre de los Mosquitos pretenden los ingleses, y recibir un millon de duros.

En Costa Rica habia ocurrido un movimiento de que no da pormenores el corresponsal del *Herald* en San Juan de Nicaragua: solo dice que durante él habia sido detenido un correo que iba dirigido á Mr. Chatfield, interceptándole una carta á este ministro inglés, dirigida desde Washington por Monsieur Bulwer. Dicha carta se refiere á las cuestiones del indicado litoral de Mosquitos, y á los debates pendientes sobre este pais entre la Inglaterra y los Estados-Unidos. Se creia que se lamentaria mucho en Lóndres la publicacion de tal documento, que habia causado gran sensacion en los Estados-Unidos.

Los demas Estados de Centro América estaban tranquilos, y la grande empresa de la canalizacion del istmo de Nicaragua se llevaba con empeño adelante por los anglo-americanos.

## REVISTA DE TEATROS.

¡Tres comedias! ¡una zarzuela! ¡un sainete andaluz! ¡un baile nuevo! ¡un motin! Salieron por fin los teatros de verso de su letargo: acudió el público á satisfacer su curiosidad; pero el público es ladino, no se deja alucinar por alguna que otra gacetilla escrita por los amigos del autor, y á veces da mas crédito á los que asisten á la primera representacion de una comedia, y confia en su imparcialidad ó en su estupidez.

Corrió el público al TEATRO ESPAÑOL al anunciarse *El lunar de la marquesa;* le parecieron frios los dos primeros actos; oyó con agrado y aplaudió el final del tercero, y algo mas animado aplaudió tambien el cuarto: preguntó por el autor: se le dijo que era don Ceferino Suarez Brabo; quiso verlo, y la autoridad dió su permiso. Cayó el telon, y para entretener el intermedio se puso á juzgar la comedia. Es lánguida, dijo, pero está muy bien escrita: es trivial su argumento, pero el autor ha dado una prueba de habilidad sosteniendo el interés en los dos últimos actos y haciéndose aplaudir. ¡Qué lastima que no haya elegido otro asunto! ¡Es un jóven de talento! ¡Es el mismo autor de la comedia ¡*Es un ángel*! ¡Y ha estado tan bien ejecutada! ¡Romea sobre todo inimitable! ¡Con qué intencion, qué perfectamente ha dicho las quintillas del último acto! ¡Sin embargo la Fuoco, la Guy!.. Dejémonos de lunares, y volvamos á nuestras piernas.

Transcurrieron algunos dias, y al anuncio de la comedia *Al mejor cazador....* corrió igualmente el público al teatro del Instituto.

¿Qué tal será? ¡Es beneficio! ¿Pero no hay mas que la comedia? La Vargas baila. Es decir, que el público va siempre predispuesto contra todo lo que se representa en este teatro, y solo confia en el cuerpo de baile. ¡Tan mal acostumbrado tiene la empresa al público!

La comedia *Al mejor cazador....* es la primera produccion de un jóven escritor, y el público la oyó con benignidad. El cazador de la comedia es un brigadier que se cree hombre de mucho mundo, y que tiene la debilidad de decírselo continuamente al público: tiene ademas sitiada á una primita á quien ama, y entra tambien en campaña un jóven poeta que sin ser militar ni decir que es buen cazador, se apodera de la plaza burlándose del brigadier; pero como la accion tiene lugar en nuestros dias, y las fajas estan tan á la mano, el jóven brigadier recibe la faja de general como llovida del cielo, y esto le hace olvidar fácilmente su derrota. El argumento es bastante sencillo: está manejado con alguna candidez, y la comedia escrita con bastante cuidado. El público manifestó deseos de conocer al autor, y el señor Bermejo salió á la escena. La ejecucion fué bastante regular; el señor Alba representó bien su parte: menos afectacion, y el señor Alba ganará mucho mas. La señorita Burgos desempeña con mucha naturalidad su papel de criada. Es el único que le hemos visto ejecutar bien hasta ahora. Los demas papeles son de poca importancia.

*El flamenco magnetizador* es una pieza andaluza detestable, y que solo se ha puesto en escena porque el señor Dardalla necesita trabajar en este género. Sin embargo no le vimos representar con el mismo interés que otras veces, y desde luego lo atribuimos á la circunstancia poco favorable, de tener que dar dos ó tres rebuznos y arrodillarse delante de una burra. Efectivamente el señor Dardalla estaba como avergonzado del papel que hacia: este rubor le honra: pero el rubor le impedia acercarse á la verdad; y asi es que el animalito oyó los rebuznos con la mayor impasibilidad y al momento conoció que eran fingidos.

*Don Juan Trapisonda* es el título de otra pieza en un acto escrita por don Juan de Alba. El protagonista es uno que se dice vecino ó amigo de don Juan Tenorio, y se ha propuesto parodiarle metiéndose á calavera.

Persigue á toda clase de mugeres y de todos calibres, poniéndolas en contribucion y sacándolas á cada una un retrato, un medallon ó un relicario, cuyos cercos si son de diamantes alhagan naturalmente su sed de oro. Enamora á tres á un mismo tiempo y de ellas se burla; pero da la casualidad de que salen las tres por distintas puertas, como movidas por un alambre; se miran unas á otras y recelan de los galanteos de don Juan Trapisonda: pero este, que no es hombre que se altera tan fácilmente, empieza á pasear al rededor de ellas á manera de oso metido en una jáula, y al pasar procura tranquilizarlas hablándolas al oido. Las tres están bastante juntas y deben oir por fuerza estos apartes. Si se tratara únicamente de la señora Burgos, que es una de ellas, y cuya fisonomía es solo comparable con un busto de mármol, todo el mundo diria—¡Vamos no lo ha oido! pero desgraciadamente para don Juan Trapisonda es otra de las burladas la señora Sampelayo, y como esta actriz es tan viva, al momento oyó lo que el señor Alba dijo á sus dos rivales, y entonces empezaron los gritos, las reconvenciones y los lamentos. D. Juan Trapisonda se vé perdido, y su criado Macaco viene á sacarle de este conflicto, dando la noticia de que el cuarto segundo de la casa está ardiendo, con lo que se dispersa todo el mundo, y don Juan se dispone á huir; pero antes le dice á su criado que se espere, porque es preciso advertir al público que la pieza es un juguete, y suplicar que la tome en consideracion. La pieza tiene bastante movimiento y entretiene: el público accedió á la solicitud del señor Alba. Sin embargo, uno de los caprichos de don Juan era llamar *mona* á una de sus amadas; él mismo se llamaba *mono* y *papion*. Con esto y con tener un criado que se llamaba *Macaco* se advierte en la pieza cierto tufillo á casa de fieras, poco agradable por cierto.

El libreto de la zarzuela *Bertoldo* es de poco interés: de un asunto tan ingrato no podia sacar el autor un gran partido. La música es inferior á la de las dos zarzuelas anteriores del señor Hernando. Un aria de tiple del acto segundo, y otra cantada por el señor Salas, fueron muy aplaudidas. La música de la primera de estas dos piezas es del mayor gusto. El señor Salas fué tambien muy aplaudido. En este teatro todos trabajan con interés, y se advierte en los actores el buen deseo de presentar un cuadro completo y presentarlo á veces á costa de su poca ó mucha reputacion. Abnegacion y valor necesitan los que no son cantantes para cantar al lado del señor Salas, y en esta parte creemos indispensable una reforma para el nuevo año cómico, porque las exigencias del público son cada dia mayores. Los señores Romero Larrañaga y Hernando fueron llamados á la escena.

Un motin ha tenido lugar últimamente en el teatro Español. El cuerpo de comparsas se ha levantado en masa reclamando lo que se les debe. Recurrieron al director artístico, y este que ninguna parte tiene en la administracion, trató de calmarlos, pero les hizo ver que no estaba en sus atribuciones satisfacer su reclamacion. La insurreccion fué tomando incremento, y amenazaba invadir el palco del ministro de la Gobernacion, pero felizmente pudo ahogarse, con la esperanza de pago.

Los autores no han logrado todavía cobrar el tanto por ciento que han producido sus obras. Esta justa reclamacion no ha sido atendida, y algunos han dado ya sus poderes para demandar ante los tribunales á la administracion del teatro Español.

El tanto por ciento de autores es una cantidad sagrada que debe separarse todas las noches del producto de las entradas, y que no debia pasar por ningun estilo á las arcas del gobierno. Los autores no son empleados para sujetarlos al pago de su trabajo, cuando al gobierno le plazca. El autor que presenta una obra y se conviene á ser remunerado con el producto de ella, tiene derecho á recibir este producto todas las noches de representacion. La contaduría del Teatro Español, aunque dependencia del gobierno, debe estar facultada para atender á las atenciones mas perentorias.

Si la contaduría del Teatro Español merece la confianza del ministro, creemos inútil la centralizacion de fondos en el ministerio de la Gobernacion, y el nombramiento de un oficial de la contaduría de dicho ministerio que vaya á fiscalizar todas las noches sus operaciones. Si se cree indispensable esta fiscalizacion, basta con ella, y siempre es in-

2009 Ministerio de Cultura

útil la remision á la tesorería del ministerio del producto de las entradas.

Pasemos al baile.

Continúa el teatro del Circo en su sistema de competencias, y el teatro de la Comedia no ha querido ser menos, y le ha parodiado.

¡Partidarios de la Fuoco! ¡partidarios de la Guy! ¡partidarios de la Nena! ¡partidarios de la Vargas! En dos campos está dividido el teatro de la Opera y el de la Comedia; aunque, á decir verdad, en el segundo teatro mas parece un convenio de familia ó de amigos de la casa, para esplotar al público. Sin embargo, el público, que se ha mostrado algo indiferente cuando se ha presentado una de las dos bailarinas, ha variado de aspecto al presentarse juntas, deseando juzgarlas á un mismo tiempo. El público ha fallado á favor de las dos. Las dos tienen gracia, las dos bailan bien, las dos han sido muy aplaudidas.

En el de la Opera continúa la lucha entre los dos partidos, y cada dia es mas encarnizada. Se discute en las lunetas, en los cafés, en los casinos: no hay cuestion mas interesante que la flexibilidad y ligereza de la Fuoco y de la Guy: hasta los hombres de estado consagran algunos momentos á una cuestion tan vital, y gracias á la presente estacion; la escena se llena todas las noches de coronas y ramilletes.

Asistíamos á la funcion de competencia en que tomaban parte las dos bailarinas francesas, y á nuestro lado se hallaban dos caballeros, uno de ellos como de cuarenta y cinco años, alto, y vestido con elegancia. Por lo que pudimos oir era estranjero, y hacia algunos años que se hallaba establecido en España. El que le acompañaba era español, y despues de la lluvia de flores y del brazalete que arrojó á la Guy el banquero Salamanca, se entabló entre los dos el siguiente diálogo:

—¿Me quiere usted esplicar quiénes son los partidarios de una y otra bailarina? dijo el estranjero.

—Sí señor, respondió el que le acompañaba. Todos aquellos jóvenes que estan en aquel grupo, son partidarios de la *Fuoco*. Aquel palco bajo, y aquel otro y el siguiente, y aquel principal, estan tambien ocupados por sus principales partidarios.

—¿Y quiénes son esos señores?

—La mayor parte de ellos pertenecen á la grandeza.

—¿Y los de la Guy?

—Los de la Guy ocupan tambien varios palcos y lunetas, pero esta bailarina no tiene en su favor á la grandeza; es otra clase de público menos grande.

—¿Y quién es el grande de España que ha echado á la Guy la pulsera?

—No ha sido ningun grande de España; ha sido Salamanca.

—¡Cómo! ¿Salamanca? ¿el banquero? ¿Y la grandeza no ha echado mas que flores?

—Nada mas.

—Pero habrá echado en otra noche alguna espresion de valor.

—Nada mas que yerba.

—¡Es singular! Eso se llama hacer las cosas á medias. Cuando la nobleza de Rusia ó de Inglaterra se declara en favor de un artista, las señoras arrojan á la escena sus mejores brazaletes: y es estraño que en España sea un banquero el que dé estas pruebas de esplendidez.

—Ahí verá V.

Un jóven que se hallaba sentado detrás de nuestros dos interlocutores, y que llevaba en la solapa del frac la cinta de la cruz de San Juan, no pudo contener su disgusto al oir el anterior diálogo, y aproximándose á ellos les dijo:

—Yo creo, señores, mas elegante arrojar flores que brazaletes.

—Será mas económico, contestó el estrangero: hay elegancias que tienen esa ventaja, y todo el mundo entra en ellas.

—A pesar de todo, contestó el jóven, antes que la Fuoco salga de Madrid, tal vez en la noche del último baile de esta temporada, obtendrá una completa ovacion, y tambien se la echarán alhajas de valor. La duquesa de R., la condesa de S., el conde de T, el marqués de V., el vizconde de X, y la baronesa de Z., todos ellos están dispuestos á dar una leccion á Salamanca. La grandeza sabe quedar en el lugar que le corresponde.

—En ese caso no he dicho nada, contestó el estrangero: yo ya lo esperaba así y estrañaba..... pero nada, esperemos á ese dia.

Volvió á levantarse el telon y continuó el baile. El estrangero aplaudia indistintamente á una y á otra bailarina: en las dos encontraba mérito; y se declaró partidario de las dos, en lo que creemos que obró con juicio.

Despues de muchos anuncios, se ha puesto en escena el nuevo baile *La corte de Luis XIV*. Los primeros actos son pesados, el último es de buen efecto. La Guy ha sido muy aplaudida.

Se prepara otro nuevo baile para la *Fuoco*, y es de esperar que en esta funcion tenga lugar la completa ovacion que hemos anunciado anteriormente, y que la grandeza de España tenga preparada una lluvia de brillantes para su bailarina favorita.

F. MONTEMAR.

## El árbol de Guernica.

En el término de la villa de Guernica, á la parte del Mediodia, se eleva lozano un antiquísimo roble, descendiente de otros robles, que á través de los siglos ha venido siendo el modesto testigo y emblema de las libertades de Vizcaya. Al pié de aquel famoso árbol, y bajo su sombra sagrada se halla un templo de piedra de romana arquitectura, destinado á la celebracion, á puerta abierta, de las juntas generales de la diputacion, compuesta de los siete padres de provincia. Contiguo á él hay otro edificio fundado por el primer corregidor del señorío, que consiste en una especie de ermita, de suficiente amplitud para contener los archivos y su numeroso concurso. Pendientes de sus paredes se ven los retratos de los señores de Vizcaya, desde el caudillo Juan de Zuria hasta el último que asistió á la incorporacion á la corona de Castilla.

El árbol de Guernica es un monumento histórico, que escita el mayor interés; resiste á la intemperie y á la destruccion del tiempo con dos renuevos permanentes que le sostienen siempre vivo. Sagrado para aquel pueblo que supo resistir á las legiones romanas, y á las falanges de la media luna, fué respetado hasta en la última desastrosa lucha que terminó con el famoso abrazo de Vergara. *Só el árbol de Guernica* los señores de Vizcaya, que hoy son los reyes de España, juran guardar y conservar aquel código de leyes que promulgó al pié de su tronco hace cinco siglos el célebre Nuñez de Lara.

El fiel traslado de este hermoso trofeo copiado del original, es digno de escitar nuestro interés, y envuelve nobles recuerdos de gloriosas hazañas, y un emblema de la constancia, energía y respeto á la ley, que constituyen el carácter del pueblo vascongado.

## ¿Wihg ó Tory? Ciudadano.

### II.

La fortuna de sir Eduardo Melvil hubiera permitido á un simple particular que hiciera un papel asaz brillante en el mundo, pero insuficiente para un gefe de partido dotado de un carácter esencialmente generoso y desprendido. De aquí resultó que aumentando diariamente los gastos, las rentas disminuian gradualmente, hasta que los inflexibles y frios razonamientos de los números le probaron, por el órgano de su mayordomo, que, si no adquiria garantías nuevas, sus recursos se verian reducidos á la nada dentro de un corto plazo.

Eduardo pensó entonces en recurrir á un medio que no suele ser eficaz, porque se suele echar mano de él cuando ya es tarde para que produzca efectos saludables: intentó introducir la reforma en su casa y en sus costumbres. Todo lo mas que esto podia producir seria retrasar algunos meses la catástrofe. Sin embargo, la planteó concienzudamente y de buena fé.

¿Hay alguien que quiera ver amostazarse á sus amigos y á sus queridas? Que pronuncie la palabra *reforma*. Que lleve la prueba mas adelante: que les muestre que principia á ejecutarla; entonces los verá parodiar con la mayor exactitud á las golondrinas, huir á la aproximacion del viento glacial de su miseria, despues de haberse calentado á su gusto, á los rayos bienhechores del sol de su prosperidad. Esta esperiencia triste fué la que adquirió Eduardo á los primeros embates de la adversidad.

En pocos dias vió desaparecer el enjambre de aduladores y parásitos que se titulaban *amigos suyos*, que solo veian las perfecciones de su carácter al través del prisma deslumbrador y brillante de un banquete ó de una liberalidad. Algunos alegaron la escusa de una ocupacion, un viage ó una enfermedad: estos eran los menos ingratos. Los demas no se tomaron siquiera este trabajo. Verdaderos traficantes de amistad, cuya política concluye con la última moneda del comprador.—¿Teneis dinero? tomad mi mercancía: ¿se os ha concluido? mi almacen se cierra desde hoy para vos.

Jaime permanecia á su lado aun, pero no era por cariño; Jaime era uno de esos hombres esclavos de sus costumbres, que no tardan en tomar una resolucion enérgica por mera pereza; pero en cambio hacia soportar diariamente á Eduardo todo el peso de su mal humor, alimentado por las luchas contínuas de su indecision.

—Qué locura! qué ceguedad! le dijo un dia á Eduardo. Si la providencia fuera justa, ¿concederia fortunas considerables á los hombres locos y aturdidos que son incapaces de administrarlas bien?

—Tienes razon, contestó Eduardo; pero, qué quieres? el mal está hecho; de qué sirve eternizar estériles remordimientos? Ademas, es malgastar el tiempo el hablar de economías rígidas á quien no puede aprovechar ya esas lecciones.

—Seguramente: mas te valia haber seguido mis consejos cuando estabas aun á tiempo de haber evitado este golpe.

—O tú te chanceas, ó yo carezco de memoria: qué consejos me has dado tú?

—Muchos y muy sanos. Por ejemplo: ¿no te hice observaciones muy justas cuando fundaste aquel colegio para educar á los huérfanos de los oficiales muertos en la batalla de Culloden?

—Pagaba una parte muy pequeña de la deuda contraida por los Estuardos, y no me arrepiento de haberlo hecho.

—Perfectamente! pero nunca he visto que se paguen las deudas agenas, esponiéndose á hallarse algun dia en la imposibilidad de pagar las propias. Era tambien para pagar la deudas de los Estuardos lo que hicistes el invierno pasado, de distribuir cuotidianamente en tu parroquia víveres y ropas durante tres meses consecutivos?

—La estacion era rigorosa, y los jornaleros carecian de trabajo. ¿Qué seria del pobre si al rico no le ocurriera á veces la idea de darle una pequeña parte de su bienestar?

—Fué una idea feliz, por cierto, que te costó mas de 5000 libras.

—Y cuyo recuerdo me consuela un poco en mi desgracia.

—Bonito consuelo!

—Pero Jaime, ¿por qué acriminas justamente las dos ó tres buenas acciones con que cuento para compensar las muchas malas que atormentan mi conciencia? Lo que debes reconvenirme son los gastos que hacia para sostener un lujo innecesario, las apuestas estravagantes, las diversiones tan costosas cuanto estériles, y sobre todo las prodigalidades injustas en beneficio de amigos frívolos, que no tienen hoy mas sentimiento que el de no haber visto redundar en beneficio de su inaccion inútil la limosna arrojada al ciudadano activo y laborioso.

—Sir Melvil, ¿debo considerarme aludido personalmente por las palabras que acabais de pronunciar?

—Cuestion es esa, Jaime, que podreis resolver mejor aun que yo.

—La respuesta es muy amable: comprendo muy bien que las desgracias hayan agriado vuestro carácter; pero como no creo ser la causa de vuestro mal humor, ni estar obligado á aguantarle, no os estrañará que me vaya á buscar á otra parte un semblante mas amable, y palabras mas afectuosas.

—Miserable! dijo Eduardo al verle marchar, no es mi semblante el que ha dejado de hallar amable, sino mi estrella que no es hoy tan brillante como cuando el se plegaba á mis exigencias mas ridículas; y mis palabras él las ha provocado para cubrir su vergonzosa retirada con un pretesto pueril, con un simulacro débil de susceptibilidad!

Abandonado por sus *amigos íntimos*, no halló Eduardo simpatías vivas entre los hombres con quienes habia participado del honor de hallarse á la cabeza del partido. Estos últimos fueron mas lejos aun: no pudieron disimular cierta satisfaccion al verse realzados en toda la estension del descenso que habia hecho su rival brillante, que tantas veces los habia eclipsado. El egoismo de los ambiciosos es á veces mas inexorable y cruel que el de las personas que solo se dejan llevar por un interés mezquino. Qué terreno tan fértil en reflexiones para el pobre Eduardo, que en su aislamiento y soledad no tenia mas recurso que el de meditar! Qué estudio tan terrible de los hombres y las cosas! Hé aquí la razon de haberse desecado tantos corazones generosos, de haber concluido tantas naturalezas privilegiadas por apagar en el disgusto y la apatía el fuego sagrado que ardia en ellas!

Felizmente, Eduardo tenia una alma de un temple muy fuerte; la esperiencia podia ilustrarle, pero no abatirle.

Un dia le entregaron un pliego en cuyo sello se veian las armas del príncipe de Gales. Despues de haber leido, se quedó sepultado en honda meditacion, de la que salió bruscamente dándose una palmada en la frente: una inspiracion, noble como todas las suyas, habia surgido de su imaginacion.

Transcurrió una semana; una noche fueron entrando sucesivamente todos los *amigos* antiguos de Eduardo en aquella sala donde tantas veces se habian reunido alrededor de una mesa opípara. Tambien á la sazon resplandecia aquella sala bajo la tibia luz de cien bujías perfumadas, y cubrian su mesa suculentos manjares. Los convidados se miraban unos á otros y hablaban en voz baja.

—Habeis oido decir que sir Eduardo haya tenido alguna herencia?

—No, pero tal vez vaya á contraer algun enlace brillante, y nos habrá convidado sin duda para anunciarnos tan feliz nueva.

Estas conjeturas y otras muchas eran sostenidas, discutidas, admitidas ó rechazadas, segun la opinion de cada uno; pero todos veian dos cosas demostradas hasta la evidencia, y eran que el anfitrion habia vuelto de nuevo á estar en su apogeo, y que por consiguiente se habian apresurado demasiado á volverle la espalda.

Eduardo hizo esperar la esplicacion del enigma hasta los postres; entonces se levantó, y paseando una mirada de lástima y desprecio por aquellas ovejas descarriadas, vueltas ya al redil, les dijo:

—Estais en este momento contentos y felices, mis fieles amigos, y vuestras palabras son inagotables para celebrar la vuelta de mi fortuna. Desengañaos sin embargo, pues nunca he sido menos rico que hoy. Mirad esta cartera: está vacía. Para pagar los gastos de esta fiesta, la última á que sereis convidados en mi casa, he tenido que sacar de ella el último billete de 100 libras.

Murmullos prolongados acogieron este exordio inesperado.

—Ha perdido el juicio, decia uno.

—¿A dónde va á parar? preguntaba otro.

—Con tal que no nos haya hecho venir aquí para presenciar un suicidio.... decia otro.

Eduardo, en pié y con los brazos cruzados sobre el pecho, esperó con paciencia á que se restableciera el silencio; despues continuó:

—Quereis saber, amigos mios, cuál ha sido mi objeto al reuniros aquí? Es el de poner en conocimiento vuestro este despacho: está firmado por S. A. R. el príncipe de Gales.

Nueva interrupcion causada por la sorpresa, pero de menos duracion por la curiosidad que reinaba en todos los ánimos.

—Escuchad lo que dice; á mí es á quien está dirigido: Hay una cosa de mas interés que los partidos, que es la nacion. Todo ciudadano, sea cual fuere su opinion, la debe el tributo de su talento y de sus servicios. En este concepto pongo á la disposicion de Sir Eduardo Melvil el mando de un regimiento.

Al terminar esta lectura se levantaron todos los convidados por un movimiento unánime y espontáneo; la indignacion se manifestaba en sus miradas en sus gestos y en el metal de su voz.

—¡Es un traidor!

—¡Es un renegado!

—¡Vergüenza en él! ¡vergüenza y anatema!

Eduardo, siempre tranquilo y sosegado, los miró fijamente á uno despues de otro, con la sonrisa mas desdeñosa y despreciativa, y dominando el tumulto con una voz enérgica y bien acentuada, les dijo:

—¡Traidor y renegado!... en mi lugar ni uno de vosotros hubiera dejado de serlo.... y para compraros quizás no hubiera sido necesario tanto. Pero yo he rehusado.

Cesó el ruido, y se sentaron los convidados, avergonzados de su precipitacion. Eduardo prosiguió:

—He rehusado, pero no os hagais ilusiones sobre el motivo de mi repulsa. No es odio á los whigs, que han esperado para tenderme la mano el dia en que me hallé sin recursos ni influencia para servirles; no es cariño á los torys, que unos me han abandonado cobardemente, al paso que otros han celebrado mi ruina. No; he rehusado porque me ofrecian un grado harto elevado, y cada uno, en un partido ó en otro, tendria derecho para considerarle como el premio de una desercion. Pero he dado el brazo que me reclamaban en nombre de la patria, y si en el regimiento á que soy llamado no ejerzo el mando de un coronel, obedeceré con el grado de subteniente que he comprado con los restos de mi fortuna. Llamadme traidor ahora, llamadme renegado, si os atreveis á hacerlo.

¡Todos callaron!

—Recibid ahora la espresion de mi gratitud porque me habeis dado á conocer lo que valen los hombres y los partidos. Mañana seré soldado: que sea un Estuardo ó un Brunswich el que ocupe el trono ¿qué me importa? Yo me batiré por la nacion, y esta no es *tory* ni *vvhig*.

2009 Ministerio de Cultura

## FORTIFICACIONES DE PARIS.

Cuando el estado de la opinion pública de París, ha llevado al presidente de la república al estremo de reunir 150,000 hombres en la capital de Francia, y de tomar todo género de medidas para hostilizar á la poblacion, y cuando, por otra parte, las complicaciones de la política han llegado á hacer posible un rompimiento entre Inglaterra y Francia, creemos útil para la inteligencia de los acontecimientos que deben sobrevenir, dar una idea de las fortificaciones de París.

Fortificar y rodear de murallas una ciudad que contiene en su seno cerca de un millon de habitantes, era una empresa colosal, un proyecto de los mas grandes que pudiera concebir la inteligencia humana. Sin embargo, este proyecto se ha llevado á cabo no hace mucho tiempo, y hoy París es una plaza fuerte, no solo por el hecho de estar rodeada de fortificaciones, sino por la inmensa dificultad de reunir delante de ella un ejército suficiente para sitiarla en regla.

En la última época del ministerio de M. Thiers, en el año de 1840 hallábase la Francia en circunstancias delicadas: las grandes potencias que se habian declarado protectoras del imperio otomano, resolvieron conservar su integridad como necesaria para mantener el equilibrio europeo, y decididas á oponerse á las pretensiones del virey de Egipto, que aspiraba á una completa independencia de la Puerta, firmaron el tratado de 15 de julio, por el cual se comprometian mútuamente á no permitir se desmembrase parte alguna del imperio de los califas, tal como en la actualidad se halla. Este tratado se hizo sin el concurso de la Francia, cuya opinion no se tuvo en cuenta por haberse declarado de antemano protectora de Mehemet-Alí: las cuatro potencias firmaron las bases del convenio, y dejaron, por decirlo así, un lugar á la Francia para que firmase á su vez, si lo tenia por conveniente. Esta especie de desaire hizo temer que por conservar la paz del Asia y contener la ambicion de los estados poderosos de Europa, se encendiese la guerra dentro de la Europa misma, si la Francia viéndose alejada del concurso europeo se empeñaba en sostener las pretensiones de Mehemet-Alí. Entonces se pensó en la probabilidad de una invasion en Francia, y para alejar por el momento y para en adelante este riesgo, se trató de llevar á cabo el proyecto de fortificar á París, concebido desde mucho tiempo antes; pero que ningun ministerio se habia atrevido á presentar á las Cámaras, temeroso de una derrota. Para hacer triunfar el proyecto se unió M. Thiers á M. Guizot, habiendo el primero con un discurso elocuente conseguido ganar los votos de sus partidarios, que recelaban que las fortificaciones fuesen mas bien un medio para tener á raya al pueblo, que una medida de defensa. Por fin las Cámaras votaron en favor del *embastillamiento* de París, como le llamaban sus adversarios, y se nombraron hábiles ingenieros, encargados de construir las obras necesarias al efecto.

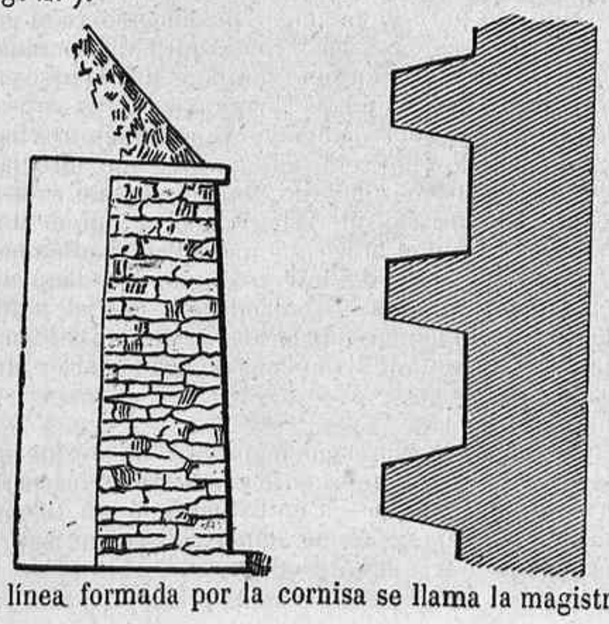
Vamos á dar una idea de estas fortificaciones, y nuestros lectores nos perdonarán la aridez de ciertas definiciones técnicas, absolutamente necesarias para la inteligencia de lo que va á seguir.

El recinto de París está compuesto de una calle militar, un parapeto, un foso y un glacis.

La calle militar da vuelta á todo el recinto: esta calle tiene cinco varas de calzada, y dos de acotamiento; está enmaderada, menos en algunos parages que se hallan empedrados: en plantando árboles se hará una rambla muy buena por su estension. El conjunto de terraplenes es lo que se llama el baluarte; en este se distinguen: el terraplen que se une con el terreno natural por medio de un declive que se llama declive interior, y los escalones ó banquetas donde se ponen los soldados que hacen fuego de fusil.

Cuando se ha de usar la artillería, se ponen á un nivel las dos banquetas, ya quiera tirarse á través de la tronera, ó ya sin ningun género de defensa como en la figura que vá á continuacion.

El parapeto, el declive esterior y la berma, distancia de tres ó cuatro pies que se deja entre el baluarte y el foso, estan revestidos de mampostería en todo el contorno del recinto; su altura es de diez varas y su espesor de tres y media poco mas ó menos. De cinco en cinco varas esta obra de mampostería está reforzada por otras que penetran dos varas en las tierras del parapeto y que se llaman contrafuertes. Interiormente se eleva este muro en línea perpendicular, y en lo interior tiene una ligera inclinacion que le dá mas consistencia. Construido de piedra tosca y mortero hidráulico, está revestido de un paramento de piedras de molino de una vara de espesor y coronado de una cornisa de piedra: las cadenas de los ángulos salientes son tambien de piedra: en la cara interior, un betun le defiende de la humedad y una capa de almácigo betuminoso le preserva de las filtraciones de la lluvia (fig. 2.ª).

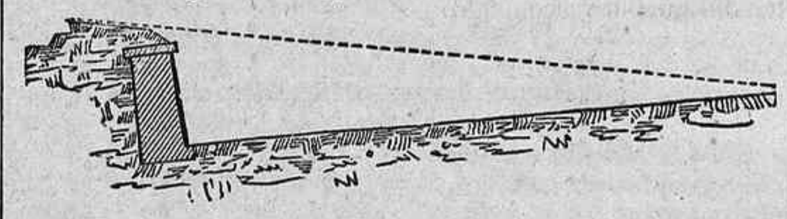


La línea formada por la cornisa se llama la magistral; la cara esterior del revestimiento se llama la escarpa.

El foso tiene 15 varas de anchura: en medio se halla otro pequeño foso de vara y media de anchura y profundidad que sirve para el desagüe y se llama la cuneta.

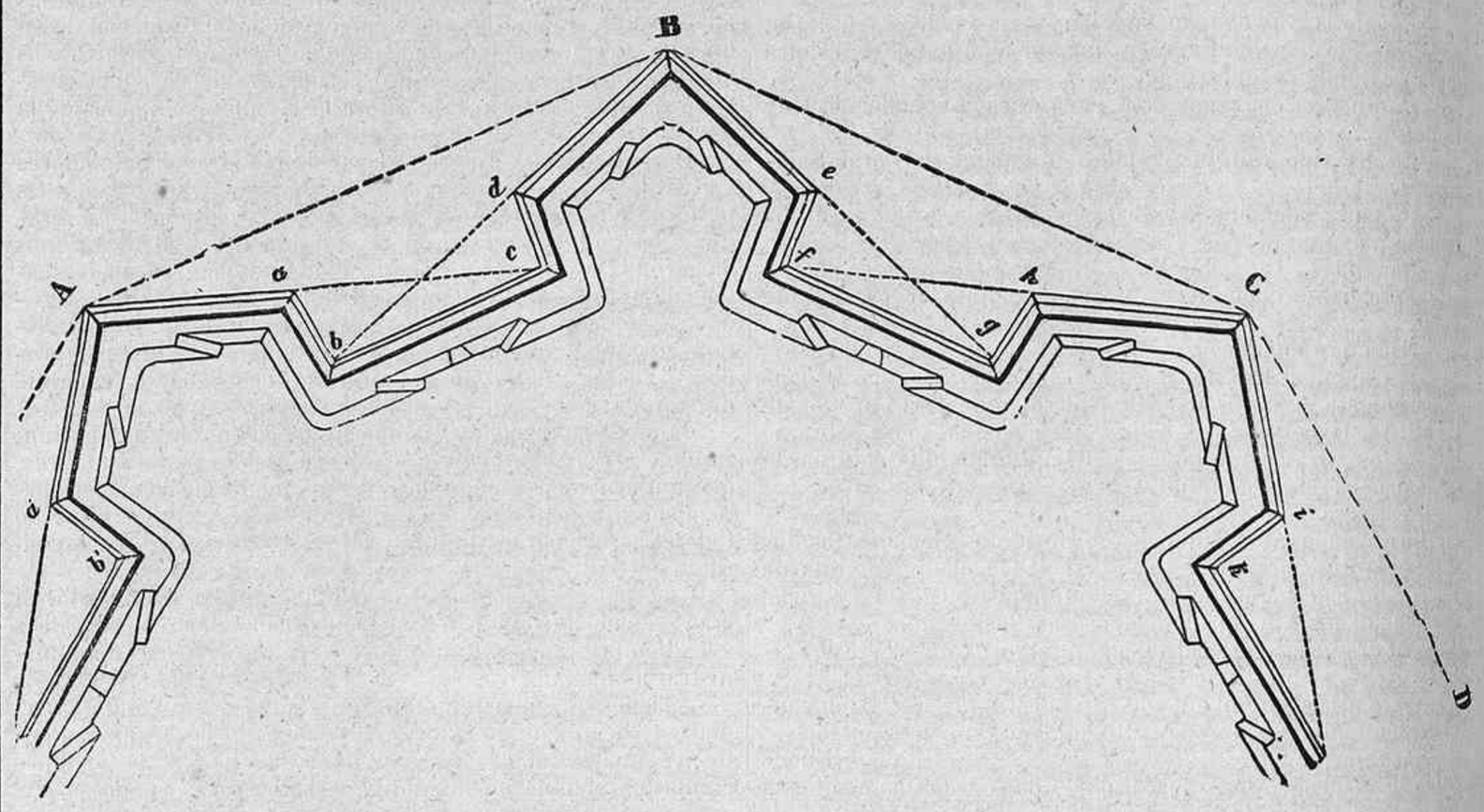
Por oposicion á la escarpa, la otra pared del foso se llama la contraescarpa; se ha creido inútil revestirla de mampostería, y la han formado en declive de 45°.

Delante del foso, el terreno está dispuesto de manera que cubre la mampostería de la escarpa, porque sin esta precaucion podria hacerse brecha en ella desde lejos; hállase en efecto el terreno de tal suerte, que un hombre no puede presentarse en él sin ser visto perfectamente por los soldados colocados detrás del parapeto (fig. 3.ª). Este terraplen esterior forma el glacis de la plaza.



¿Mas por qué el baluarte sigue una línea interrumpida sistemáticamente? Esta interrupcion la exije la necesidad de vijilar el pié del muro en toda su estension desde lo alto. Concíbese en efecto que desde lo alto de una muralla que no tuviera ángulos entrantes ni salientes, el defensor no podria hacer daño al sitiador que hubiera pasado al punto estremo del talud, de modo que hallándose este al abrigo precisamente contra el baluarte mismo, podria fácilmente atacarle minándole ó por cualquier otro medio, y aun plantar escalas y subir hasta cerca de su enemigo con toda la ventaja de la impetuosidad del ataque. Estos puntos en que los fuegos de la defensa no pueden alcanzar á los sitiadores se llaman *ángulos muertos*, pero cuando por una hábil disposicion una parte de la fortificacion puede ser vista por los que se hallen en la otra, se dice que la segunda está flanqueada por la primera. Así la ciencia del ingeniero consiste en parte en evitar los ángulos muertos, y en proporcionarse puntos flanqueados.

Si hubiese que fortificar el polígono *A, B, C, D*, (figura 1.ª) en vez de levantar un parapeto en las líneas *AB, BC, CD*, se le deberia hacer seguir el contorno *Aa, ab, bc, cd, dB*, etc.



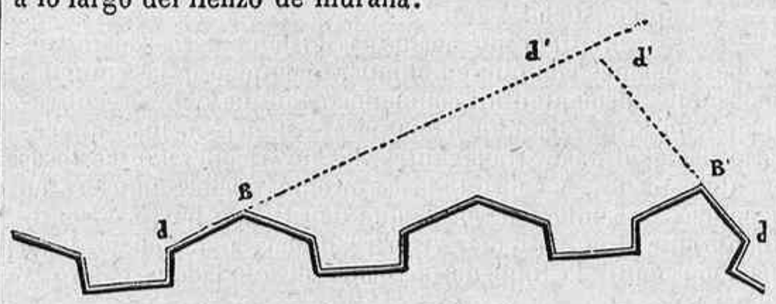

El conjunto de líneas *Aa, ab, bc, cd, dB*, es lo que se llama un frente de fortificacion. Estas líneas deben llenar las condiciones siguientes:

*Ab*, debe flanquear enteramente las líneas *Bd, dc*, y una parte de *bc*; y recíprocamente *dc*, debe flanquear *Aa, ab* y la parte de *bc* que no está flanqueada por *ab*. De esta manera el frente entero no ofrecerá ningun ángulo muerto al sitiador.

Asi un recinto se compondrá de una série de frentes, y presentará una continuacion de partes salientes *b'c'Aab, cdBef*, y unidas entre sí por la líneas *bc, fh*. Estas partes salientes se llaman bastiones y las líneas cortinas.

El bastion es la parte de la fortificacion que se halla menos á cubierto, y sobre la cual se dirigen los esfuerzos del ataque. La cortina es por el contrario la parte mas abrigada; por ella pasan los caminos, y en ella se abren las puertas de la ciudad.

En los flancos es donde estriba la seguridad del recinto: sus caras dirigen los fuegos al campo, y para apagar estos fuegos, el enemigo se vé obligado á establecer baterías en la prolongacion misma de estos flancos, á fin de hacer que de rechazo vayan á parar los proyectiles á las piezas colocadas á lo largo del lienzo de muralla.




Se vé, pues, que cuanto mas obtuso sea el ángulo del bastion, mas dificil será hacer que entren de rechazo los proyectiles en aquellos lienzos; porque será necesario desviar tanto mas las baterías para ponerlas fuera del alcance de los bastiones inmediatos. Por esto es un axioma en fortificacion que una série de frentes en línea recta es inatacable.

Las dimensiones de un frente no son arbitrarias. Para que el punto c (figura 1.ª) flanquee el ángulo A del bastion, es preciso que esta distancia no sea mayor de la que alcanzan las armas de fuego. Si se toma por base el alcance del cañon, al terminar el sitio, cuando el enemigo diera el asalto despues de haber hecho brecha en el punto A, los sitiados, cuya artillería hubiera sido toda desmontada, no tendrian para defenderse mas que un fuego de fusilería enteramente ineficaz. Si por el contrario, se tomara por base el fusil de municion, cuyo tiro ya no es certero á seiscientas varas, se tendrian cortinas demasiado estrechas, bastiones en estremo próximos unos á otros, y el gasto se aumentaria considerablemente sin ventaja. La base adoptada es el alcance del fusil de parapeto, arma pesada que se descarga apoyándola en un piquete fijado en aquel, y que tiene un agujero cilíndrico para recibir el cañon del fusil.

Ahora podemos recorrer el recinto sin encontrar nada de que no sepamos el nombre, la causa y el efecto.

Este recinto no tiene menos de noventa y cuatro frentres, y para formarse una idea de su estension, basta saber que en Metz, una de las plazas mas fuertes de Francia, no hay mas que veinte.

En la ribera izquierda hay veinte y seis bastiones; el recinto comienza en el estremo occidental del parque de Bercy, y se estiende en línea recta hasta Gentilly; allí forma la figura de una herradura, despues toma una direccion recta hasta Montrouge, forma un codo, y va en seguida derecho á terminar en el Sena despues de haber encerrado en su ámbito á Austerliz, Le Petit-Gentilly, Le Petit-Montrouge, Vaugirad y Grenelle.

Como á cosa de mil varas mas adelante llega el recinto de la ribera derecha, y despues de haber rodeado á Point-du-Jour pasa á lo largo del bosque de Bolonia hasta Sablonville, formando un ángulo entrante en la puerta Maillot; despues da paso al camino de la Revolte y se introduce hasta el medio del ángulo formado por la alameda de Clichy y la de Saint-Ouen. En aquel punto se dirige en línea recta hasta el canal de Saint-Denis, y de allí vuelve al S. O. Despues de haber llegado al canal de Oureq, corre de N á S; cerca de Saint-Gervais dos de sus frentes toman la direccion de O. á E, pero la dejan á la altura de Romainville para bajar en línea recta hasta Saint-Mandé; entonces forma un ángulo, y va á terminar en el Sena hasta enfrente del puente donde comienza el recinto de la ribera izquierda.

La ribera derecha tiene sesenta y ocho fuertes, que comprenden le Point-du-Jour, Auteuil, Passy, les Ternes, les Batignolles, Montmartre, la Chapelle, la Villette, Belleville, Menilmontan, la Grande-Pinte y Bercy.

Este recinto deja paso á todas las calles que no son menos de treinta y cinco, y en estos diferentes puntos el foso y el parapeto están interrumpidos. Se ha juzgado inútil construir puertas para la ciudad. En caso de guerra seria muy fácil hacer en poco tiempo los trabajos necesarios para poner aquellos puntos á cubierto de todo ataque. Sin embargo, el gobierno, queriendo preverlo todo, ha comprado una estension de terreno de cien varas de latitud y doscientas cincuenta de longitud á derecha y á izquierda de los puntos donde han de estar las puertas.

Otros puntos marcados con la letra *a* en el plano, han sido comprados tambien para la formacion de los establecimientos militares necesarios para el servicio de la plaza. En fin, se ha prohibido levantar ningun edificio en una zona de doscientas cincuenta varas delante de la cresta de los glacis.

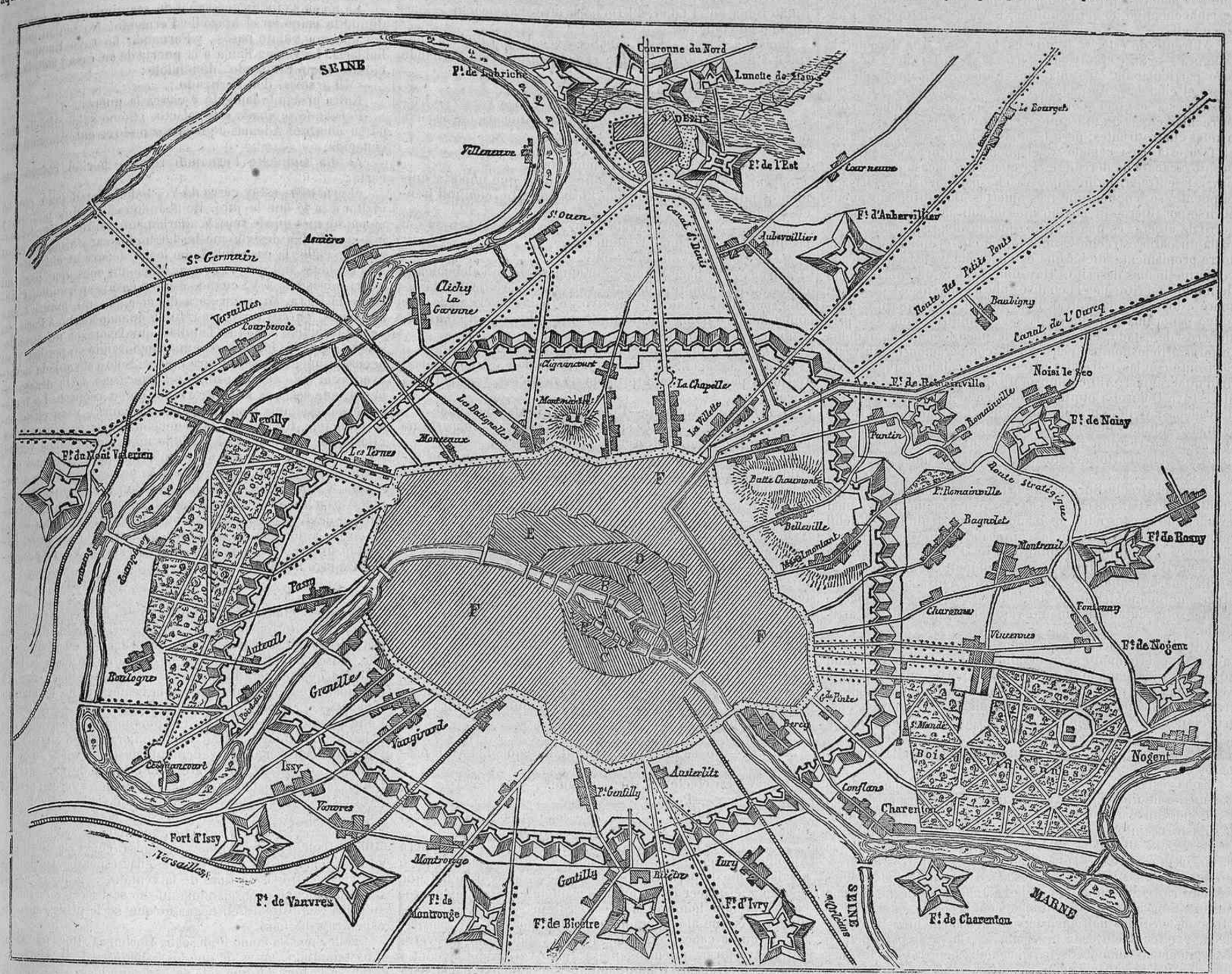
Si se compara este recinto con las antiguas murallas que han rodeado á París; con la Cité (A) que sostuvo contra los normandos el famoso sitio de 885; con el recinto de Luis el gordo, en 1134 (B); con los de Felipe Augusto (C) en 1208, de Marcel (D) en 1356; de Luis XIII (E) en 1630, causa admiracion semejante acrecentamiento, y sin embargo, no cuesta trabajo á la imaginacion el prever la época en que la ciudad se estenderá hasta tocar con sus nuevas murallas. Ellas por sí solas ofrecen una defensa muy respetable; pero esta defensa es casi doble á causa del sistema de fuertes que forman un primer recinto, del cual las murallas solo son el reducto.

Entre todos los fuertes, el mas interesante para la poblacion de París es el de Vincennes, al cual se refieren los recuerdos históricos mas tristes y al mismo tiempo mas gloriosos. Existia ya en tiempo de San Luis; bajo una encina de aquel bosque cumplia el piadoso monarca con sus deberes de señor justiciero. Su hijo Felipe el Atrevido le dió mayor ensanche; pero algunos años despues se hallaba en tan mal estado, que Felipe de Valois le hizo demoler y echar en su lugar los cimientos de la torre que todavía existe. Carlos V., célebre por su aficion á las construcciones, concluyó aquel castillo, y Enrique, rey de Inglaterra, dueño de gran parte de la Francia y reconocido en París como soberano legítimo,

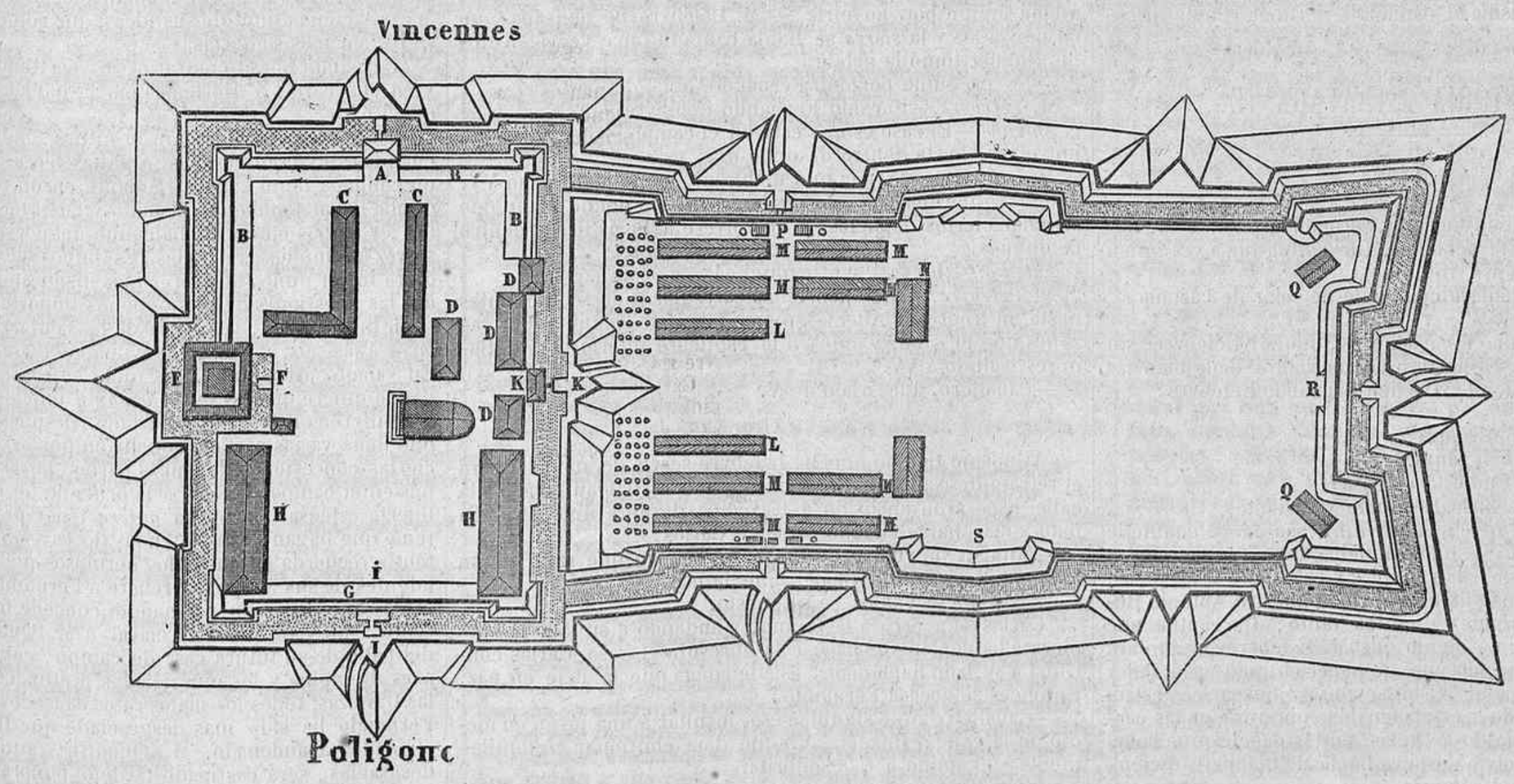
2009 Ministerio de Cultura

murió en él en 1642. Hasta Luis XI, los reyes y príncipes tuvieron el castillo de Vincennes como una casa de recreo donde se retiraban á descansar y distraerse; pero en tiempo de aquel monarca llegó á ser una triste prision de estado lo que antes era un sitio de descanso y de distraccion. Carlos IX terminó en él una vida agitada por crueles remordimientos: Luis XIII hizo construir dos grandes pabellones, uno destinado á su persona, y otro para la reina. En fin, Vincennes fué el fuerte que defendió el valiente Dumesnil, el famoso *pierna de palo*: «que me vuelvan mi pierna y les entregaré el castillo,» respondia á las intimaciones de los enemigos; y en 1814 y 1815 despues de las dos invasiones, la bandera tricolor ondeaba todavía en aquellos antiguos muros.

El recinto del castillo de Vincennes forma un paralelógramo regular de una estension considerable: está rodeado de anchos fosos, y en cada estremo se levantaba en otro tiempo una gruesa torre cuadrada y muy alta: estas torres fueron demolidas hasta el nivel del recinto, en tiempo del gobierno imperial. Todavía subsiste una en el frente del Norte, que mira á la aldea; se llama la torre del diablo, y es la principal entrada de la fortaleza A. Consiste en un torreon con todas las fortificaciones de la edad media, que aunque no están enteramente conservadas, muestran todavía vestigios del rastrillo, el puente levadizo, las troneras, etc. Una pequeña plaza de armas, formada de ladrillo y almenada, defiende la entrada del puente, que es doble, para que puedan entrar separadamente los carruages y la gente de á pié. A derecha é izquierda se elevan dos construcciones modernas (B) posteriores á 1830, que sirven para acuartelar la tropa; constan de dos pisos, ambos abovedados y cubierto el superior con un terraplen, á prueba de bomba, dispuesto en forma de muralla con su trinchera y su parapeto; de cuya manera se ha conseguido en lo posible, asimilar el castillo á las fortificaciones modernas. Continuando adelante se encuentran dos filas de cuadras (C) destinadas á los caballos de la artillería que guarnece á Vincennes. Despues de ellas y á la izquierda está el arsenal (D) con su sala de armas y sus diferentes almacenes de provisiones. Mas allá, y tambien á la izquierda, la elegante *Santa Capilla* E, edificada en tiempo de Carlos V, en hermoso género gótico. Su interior, que respira una sencillez llena de gusto, recibe la luz á través de los vidrios pintados por Juan Cousin con arreglo á modelos de Rafael: algunos de ellos son




Fortificaciones de Paris.




2009 Ministerio de Cultura

chillones y carecen de armonía; pero no hay que acusar á Rafael ni á Juan Cousin, pues han sido restaurados. En esta capilla se celebraban las ceremonias de la órden de San Miguel, instituida por Enrique II. No debe su existencia mas que á la poderosa proteccion que se la ha dispensado; pero un terrible enemigo, el genio militar, lleva trazas de acabar pronto con ella.

Al frente de esta, ó lo que es lo mismo, á la derecha de la figura, se alza la torre F, separada de la fortaleza por un foso particular de cuarenta pies franceses de profundidad, sobre el cual hay un puente con dos arcos ojivos. El tercer espacio está ocupado por un puente levadizo. Habia cuatro torrecillas en los ángulos que daban sobre el foso, y flanqueaban los cuatro frentes; pero han desaparecido ya dos de ellas, el foso está casi cegado y el puente tan deteriorado, que pronto acabará de derruirse. El cuartel con casamatas B que hay á la entrada, ha invadido ya el espacio del foso. Pasado el puente se encuentran tres puertas: la última no puede abrirse por fuera sin auxilio interior, ni por dentro sin socorro de afuera: es una legítima puerta de prision. Luego se halla un patio estrecho y sombrío, en cuyo centro se eleva la torre propiamente dicha que es cuadrada y está flanqueada conforme hemos descrito. Hay una escalera de construccion de mucho mérito, por la cual se sube á cinco pisos sucesivos; sobre estos hay una azotea, desde donde se domina un magnífico panorama. En ella se paseaban en otro tiempo los prisioneros de estado, entregados á las meditaciones que debia inspirar á todo hombre pensador la comparacion de un vasto horizonte con las estrechas paredes del calabozo que no podian quebrantar. Allí compuso Mirabeau sus cartas á Sofía; allí estuvo Diderot á punto de volverse loco al verse cargado de cadenas, y allí le prodigó sus consuelos Juan Jacobo Rousseau. Los últimos huéspedes de aquella lugubre morada fueron los ministros de Cárlos X. Un salon que hay en el piso bajo era el cuarto del tormento, por el que pasaremos de largo.

Todo el frente Sur de la fortaleza está ocupado por un gran cuartel (G) con casamatas y azotea, por medio del cual se unen dos vastos edificios mandados construir por el débil monarca Luis XIII. El de la izquierda (H) fué habitado por el duque de Montpensier, hijo de Luis Felipe, y en el de la derecha (H) se halla instalado un regimiento de infantería.

La puerta I que corresponde á la de entrada y que está abierta en medio del frente meridional, conduce al polígono donde se ejecutan las maniobras del regimiento de artillería.

Otra tercera puerta que hay en la pequeña torre K, restaurada modernamente, conservándose con bastante exactitud su estilo gótico, guia al puente levadizo por el cual se pasa el foso oriental, atravesando una escarpa bastante pendiente y tres hileras de magníficos árboles, se llega á las nuevas construcciones que consisten en doce cuerpos de fábrica: diez de ellos estan destinados á servir de cuadras: entre estos hay dos (L) que tienen dos pisos completos, y ocho (M) con graneros solamente.

Toda esta extension de terreno se halla unida al fuerte por medio de un recinto bastionado, cercado de fosos y protejido por un camino cubierto y un glacis (véase el plano); pero este recinto se diferencia en sus detalles de los demás fuertes. Solo el de la parte oriental está terraplenado: nada hay en él que merezca llamar la atencion de nuestros lectores. En el centro de sus dos baluartes se advierten dos almacenes de pólvora (Q), y en medio de la cortina una puerta (R) con un puente levadizo que comunica con la parte exterior. Los otros dos costados no tienen terraplen: la trinchera, embetunada, y el parapeto, son de mampostería: y dicha trinchera está cubierta de almenas separadas de tres en tres por los pies derechos de las bóvedas que la sostienen. Los pequeños baluartes (S) no tienen almenas: su terraplen es de tierra, pero el parapeto de mampostería, y en los costados hay abiertas cañoneras que permiten el juego de la artillería. En medio de cada cortina de las dos mas próximas al fuerte hay dos puertas (P) de dos arcos, y al lado de ellas otros tantos cuerpos de guardia.

Descrito el castillo de Vincennes y dada una idea general del plan de fortificacion, creemos que cualquier persona, por estraña que sea al arte militar, se hallará en estado de comprender por sí misma el sistema de fortificacion de la capital de Francia.

## UNA HISTORIA ESTRAVAGANTE.

### X.

Apenas habian salido Cárlos y Fernando, cuando M. Lefebvre llamó á la puerta del taller. Gargantua fué á ver quien era, y volvió para decir á Antonio:

—Señor, es un caballero con levita de color de castaña.

—Que entre.

—¡Ah! dispénsenme VV., señores, dijo M. Lefebvre, sin duda me equivoco... El portero no me habrá dado bien las señas... ¿Saben VV. donde vive don Fernando Lefebvre?

*Gargantua.*—Aquí.

*M. Lefebvre.*—¡Cómo! ¿aquí?

*Gargantua.*—Sí, señor, aquí.

*M. Lefebvre.*—Y... ¿no está en casa?

*Gargantua.*—Voy á buscarle, tome V. asiento.

El tio de Fernando se sienta y mira azorado á cuanto le rodea. Aquel maniquí vestido, aquellas telas tiradas por el suelo, las armas antiguas tan limpias y relucientes, las pipas, el trage de bandido napolitano que tiene nuestro Antonio Huguet, todo le sorprende. Mientras tanto, Gargantua que habia hallado un poco ridículo que M. Lefebvre preguntara si no estaba su sobrino, despues de haber entrado en el taller y haberle recorrido con la vista, se puso á buscar en los armarios, en el hueco de la estufa, en la sombrerera, en las carteras de dibujo, debajo de las telas, en los papeles que habia en los rincones, y volvió despues hácia M. Lefebvre diciéndole con una gravedad cómica:

—No, señor, no está en casa, pero puede ser que no tarde en volver.

M. Lefebvre no se atrevia á mirar á Antonio sino de reojo, y este no hacia caso de él. Gargantua volvió á su trabajo. Llaman á la puerta: es Eduardo Sagan. Entra sin pronunciar ni una palabra. De allí á un rato dice:

—Gargantua, la *Rolhschild*.

Gargantua le da una pipa guarnecida de plata, y fuego. Eduardo la enciende y fuma sin hablar. El silencio mas profundo reina en el taller. El tio no se atreve á hacer ni el mas mínimo movimiento.

*Antonio* á Sagan.—Este caballero vendrá sin duda á consultar á nuestro ilustre amigo el célebre abogado Fernando Lefebvre.

M. Lefebvre mira á Antonio.

*Sagan* sin manifestar sorpresa.—Sí, señor, y vengo de bastante distancia. Con tal que él quiera al menos encargarse de mi asunto...

*Antonio.*—Tiene tantos...

*M. Lefebvre.*—¿De veras?... tiene tan...

*Sagan.*—Vea V., se trata de un asunto que importa quinientos mil francos: si consigo un buen éxito, cien mil francos serán para él.

*Antonio.*—Ya sabrá V., caballero, que las recompensas son las que menos le llaman la atencion.

*M. Lefebvre.*—¡Cómo! cien m...

*Antonio.*—No hace mucho aun que se negó á defender la causa de un hombre opulento, y de cuya parte estaba la razon, por el insignificante motivo de haber averiguado que aquel hombre habia robado unos melocotones, en su niñez, á un vecino de su padre.

*M. Lefebvre*, dirigiéndose á Antonio.—¡Cómo! caballero...

*Antonio* á Sagan.—¡Tiene una severidad estraordinaria! De todas partes vienen á proponerle negocios, y acepta muy pocos.

*M. Lefebvre* á Antonio.—Pero es don Fernando Lefeb...

*Antonio* á Sagan.—Pues si la justicia que á V. le asiste no está bien probada, inútil será que V. le espere.

*Sagan.*—¡Oh, Dios mio! si rehusa defenderme, me arruina. Solo él con su irresistible elocuencia puede iluminar á los jueces.

*M. Lefebvre.*—¿Saben VV. si mi sobrino...

*Sagan.*—¡Cómo! ¿V. seria el tio de?...

*M. Lefebvre.*—Sí, señor, soy tio de don Fernando Lefebvre, hermano de su padre, y llevo su apellido de Lefebvre.

*Sagan.*—¡Oh! caballero, concédame V. su proteccion, y mi gratitud será eterna, ilimitada; se trata de mi fortuna entera, y depende de su sobrino de V. el conservármela; en nombre del cielo, caballero, háblele V. en favor mio.

*M. Lefebvre.*—No me niego á ello, no señor; diré algunas palabras á mi sobrino sobre esto. Su situacion de V. escita mi compasion; pero nada puedo decir sobre el resultado que obtendré. Si su pretension de V. no es justa... mi sobrino...

*Antonio.*—Caballero, no se mueva V.; se lo ruego, no se mueva V. Es sorprendente la semejanza que hay entre V. y el emperador.

*M. Lefebvre.*—¿Cómo?

*Antonio.*—No se mueva V. Permítame que haga un bosquejo.

*Sagan.*—En efecto, es sorprendente.

*M. Lefebvre.*—Pero...

*Antonio.*—No hable V.: se desarregla la boca. Gargantua, deja eso al momento y copia el perfil del señor.

M. Lefebvre quiso hacer aun algunas observaciones; pero Antonio Huguet le dijo imperiosamente que seria muy poco amable si no le permitia aprovecharse de la casualidad que le ofrecia el placer de sacar un bosquejo exactamente parecido al grande hombre. M. Lefebvre que se parecia á cualquiera mas que al emperador, concluyó por ceder, y permaneció con la cabeza erguida, los ojos fijos, sin atreverse cuasi á respirar, mientras que Antonio y Gargantua continuaban sus trabajos tranquilamente sin ocuparse de él para nada. Al cabo de media hora mortal, M. Lefebvre se levanta y empieza á pasearse por el taller.

Viendo Antonio que M. Lefebvre no se decide á marcharse, entona una de las canciones conocidas en los talleres bajo el nombre de *sierras*, que se cantan siempre con música monotona y fastidiosa, hasta que la persona á quien se quiere echar políticamente se marcha. M. Lefebvre no se fué. Eduardo Sagan entonó otra *sierra*.

A la tercera repeticion de una *sierra*, mataria uno á su mejor amigo por no oirle. —M. Lefebvre no pensaba aun en moverse, y la *sierra* se habia cantado once veces. Antonio Huguet tomó la palabra.

—¿V. pregunta por don Fernando?

*M. Lefebvre.*—Por don Fernando Lefebvre.

*Antonio.*—El caso es que está en el campo, y regularmente no volverá hasta dentro de ocho dias.

*M. Lefebvre.*—¿Y por qué diablo no me lo han dicho VV. antes? Yo me marcho esta noche al Havre, donde tengo que arreglar ciertos negocios, y no volveré á París hasta dentro de un mes.

*Antonio.*—¡Lo va á sentir mucho!

*M. Lefebvre.*—No podremos arreglar nuestras cuentas hasta mi regreso. Ademas pienso llevarle conmigo por razones que él sabe, y que yo le esplicaré ulteriormente. Señores, saludo á VV.

—Caballero, á la órden de V.

### XI.

Al mismo tiempo que M. Lefebvre servia de modelo para el retrato de Napoleon, Fernando y Cárlos habian bajado á la calle. Esperaron en balde á la vecina durante una hora. Ya iban á marcharse cuando esclamó Cárlos:

—Mírala, ya vuelve de fuera. Se conoce que salió de su casa mientras nosotros bajabamos la escalera.

*Fernando.*—Vamos, á tu puesto.

Cárlos se acerca á la vecina, y andando á su lado la empieza á hablar en voz baja. Ella apresura el paso. Cárlos continúa á su lado hablándola. Ella le ruega que la deje en paz. Entonces se acerca Fernando:

—Caballero, ¿qué significa eso, insultar á una jóven en medio de la calle? Ruego á V. que deje continuar tranquilamente su camino á esta señorita.

—Caballero, no recibo órdenes....

—Me hará V. el obsequio sin embargo de no desobedecer la que acabo de darle á V.

—Es V un insolente.

—Tome V. mi targeta.

—Tenga V. la mia.

Cárlos se retira.

*Fernando.*—Señorita, ya ve V. que estas calles no ofrecen seguridad; dispénseme V. el obsequio de permitirme que la acompañe hasta su casa.

La jóven se inclina en señal de asentimiento y apoya su diminuta mano en el brazo de Fernando. No tenian que andar mas que veinte pasos, y Fernando no tuvo tiempo para hablarla. La vecina llama á la puerta de su casa y saluda graciosamente á Fernando, diciéndole:

—Mil gracias, don Fernando.

Entra precipitadamente y cierra la puerta.

Fernando se queda estupefacto. ¿Cómo sabe aquella mujer su nombre? Ademas aquella voz no le es enteramente desconocida.

Al dia siguiente Fernando recibió por el correo esta carta:

«Fernando, estoy cerca de V., todo lo he dejado por no »faltar á la fé que le juré. He abandonado á mis padres, y »hace un mes que le veo á V. diariamente; el recuerdo del bar»rio que V. me designó me ha hecho buscar un cuarto en su »misma calle; la casualidad me le ha deparado enfrente de »las ventanas del que V. ocupa. Hace un mes que paso mi »vida mirándole á V. cuando está en casa; esperándole cuan»do está fuera. Mi compañera de colegio, mi amiga Laura »Lemauls, en cuya casa me refugié cuando llegué á París, ha »comprometido á toda su familia á que favorezca nuestros de»seos; su padre ha escrito al mio implorando su perdon y su »consentimiento para nuestro enlace. Solo esto puede devol»verme al lado de mis padres y arrancarme á la desespera»cion, que seria de lo contrario mi único recurso. La venta»josa posicion que ocupa el padre de Laura, y su eficaz in»tervencion, me han hecho concebir esperanzas lisongeras. »Hasta que se realicen, Fernando mio, no debemos vernos; »no quiero que se den á mi conducta interpretaciones des»favorables. Quiero conservarle á V. una esposa digna y vir»tuosa, y espero que V. no hará gestion ninguna para hacer»me variar de resolucion. Espero la respuesta que dé mi pa»dre al de Laura: si es favorable, regresaré al seno de mi »familia, á donde V. irá á buscarme; si no lo es, ya he for»mado un propósito irrevocable. Si no soy de V., no perte»neceré á otro hombre.

HORTENSIA.»

Despues del primer y natural impulso de alegría por haber hallado á su Hortensia que creyera haber perdido para siempre, Fernando se estremeció al recordar su encuentro con ella. Buscó minuciosamente si no habia dicho nada la tarde anterior que pudiera haberla infundido sospechas; recordó con horror que la casualidad habia hecho que no le hubiera tocado á él el papel de insultador y á Cárlos el de protector. La respondió que confiaba en el porvenir; la casualidad que habia hecho que se hallaran y se reunieran tenia algo de providencial. A pesar de su vehemente deseo de verla, de estar á su lado, de oir su voz, sobre todo despues de una ausencia tan larga, mas que una ausencia, puesto que la creyó perdida para él, no podia menos de aprobar la delicada conducta de su Hortensia, y no podia abstenerse de confesar que la severidad y la reserva de la amante aumentarian, si esto era posible, el amor reservado para la esposa. Que ya no saldria de su cuarto para estar mas cerca de ella; esperaba verla algunas veces entre las cortinas de la ventana. Seguia despues un sermon solemne aconsejándola que no se desesperára aunque su padre se obstinára en negar lo que se le pedia, sino que esperára y luchára.

Todo sucedia como lo deseaba Hortensia. Por la mañana, muy temprano, antes de que los habitantes de París despertáran, á la hora en que solo se oyen aun los pasos lentos de los albañiles que van al trabajo, y el ruido seco y sordo de los carros de las lecheras, los dos amantes se daban los buenos dias desde las ventanas. Todo el dia estaban trabajando detrás de las mismas ventanas cerradas, y no dejaban de verse ni un momento. Por la noche, hácia las diez, las ventanas se abrian de nuevo, y se atrevian á decir: «Buenas noches.»

Hortensia esperaba la carta de su padre con una ansiedad cruel: de aquella dependia su vida ó su muerte. Su imaginacion, agitada por el encuentro de Fernando, aumentaba la exaltacion natural de sus ideas, que con cada dia de retraso se hacian mas sombrías.

Fernando por el contrario, lo veia todo de color de rosa, y en sus cartas á Hortensia no la hablaba sino de «su felicidad.»

Todo era proyectos para lo futuro, métodos de vida para cuando estuvieran casados. Algunas veces Hortensia, aunque no confiaba tanto como su amante en un resultado feliz, se dejaba llevar tambien al risueño y fértil terreno de las ilusiones, y ambos entonces, hablando del porvenir, descendian á su vez á minuciosos detalles. Es imposible que la dicha pudiera hallar nunca dos séres mas dispuestos á recibirla. Todas las cuestiones de mas ó menos importancia estaban sujetas á discusiones: la sillería de la sala *será* carmesí; se *comerá* á las seis; dos criados y una cocinera *serán* suficientes. En cuanto á los hijos, las niñas se *educarán* en casa; Fernando quiere que los niños *vayan* á un colegio; su *tierna madre* quiere conservarlos á su lado. Despues de una discusion que llena varias cartas, concluyen por arreglarse, merced á ciertas concesiones de ambas partes. *Pasarán* todos los veranos en el campo; *vivirán* á la orilla de un rio y *tendrán* una huerta estensa. Hortensia *quiere* tener pichones; Fernando teme que hagan destrozo en las flores y hortaliza. Pero Hortensia recuerda entonces los hermosos pichones blancos confidentes de sus amores, y refiere á Fernando la suerte desgraciada que tuvieron. Fernando concede los pichones, pero espresa un vivo deseo de clavar á M. Quantin en la puerta del patio de su futura casa de campo, como se hace con las aves de rapiña y los murciélagos. Entonces se cuentan todas las tristezas, todos los malos ratos causados por la separacion. Fernando ha sido mas desgraciado que Hortensia; se creia olvidado, abandonado. M. Quantin, autor y causa de sus desgracias, será castigado tarde ó temprano. Le sorprende que M. Quantin se permita vivir aun, despues de haber cometido tantos delitos. Solo provisionalmente le recomienda á la Justicia Divina.

Escribe despues una *palomaida*, es decir, doscientos versos sobre los pichones.

2009 Ministerio de Cultura

El poema concluye con una maldicion enérgica, elocuente, á Mr. Quantin.

El poeta maldice á Mr. Quantin, al padre y á la madre que le dieron el ser, al ama de leche que le crió, al buey de cuya piel estan hechas sus botas, al zapatero que las ha hecho, á la oveja de cuya lana se ha hecho el paño de su vestido, la tierra que ha producido el trigo de cuya harina se ha hecho el pan que ha comido, el cuchillo con que ha cortado ese pan, etc. etc.

En otras ocasiones, Hortensia exaltada con ideas tristes escribia á su amante que si no podian unirse, se mataria. Fernando contestaba que estaba pronto á morir con ella.—¿Es cierto lo que V. dice? preguntaba Hortensia.—¡Lo juro por mi amor! contestaba Fernando.

Una noche llegó un mozo en casa de Hortensia, y la entregó una carta en cuyo sobre se leia; «*Urgentísimo.*» La letra era de Laura.

«Querida Hortensia, solo puedo darte noticias malísimas. »Tu padre está en París.»

Hortensia dejó caer la carta, y se quedó algunos instantes suspensa. Su cuerpo temblaba como si estuviera atacada por una convulsion, y una nube espesa que parecia tener delante de la vista, la impedia que distinguiera las palabras.

»Ha llegado muy conmovido y ha pedido á mi padre una »entrevista secreta. Su conversacion ha sido muy animada... »A pesar de haberles estado yo escuchando detrás de un tabi»que, no he podido oir mas que palabras sueltas. Tu pa»dre gritaba mas que el mio; decia que quiere mas verte »muerta, que faltar á la promesa hecha á su amigo moribun»do. Que ha venido para mataros á tu amante y á tí, si tu »falta era aun de mas trascendencia de lo que se ha figurado. »Mi padre ha pronunciado discursos elocuentes sobre las ma»las consecuencias... de un casamiento por fuerza. Le ha »dicho que lo que él habia prometido á su amigo, era con»tribuir á la felicidad de su hijo; y ¿podia él figurarse que si »su amigo existiese ó volviese al mundo, querria unir su hijo »con una muger que estaba enamorada de otro? ¿Lo que él »llama ser fiel á su promesa, no es, por el contrario, hacer »traicion á su difunto amigo? ¿Cree acaso que su amigo no »le pedirá estrecha cuenta de la vida de padecimientos, de »dolos y de incomodidades de todas clases á que va á conde»nar al hijo que tan eficazmente le recomendó?

»Tu padre se ha mostrado inflexible: ha exigido de mi »padre que le digera donde te ocultabas. Mi padre ha va»cilado. El tuyo entonces se ha incomodado sériamente, ha »hablado de justicia, de tribunales, de seduccion, de com»plicidad, etc. El mio ha contestado: «Caballero, deseo infi»nito no volverme á encontrar con un hombre tan ridícula»mente violento como V.; solo mi hija sabe donde vive la de »V. Voy á decirla que baje.» Tiró de la campanilla, y orde»nó á un criado que me buscase por toda la casa. Yo le man»dé que digera á mi padre que habia salido, y volveria quizás »algo tarde. Entonces le dijo al tuyo:—«Tan pronto como »Laura vuelva, le enviaré á V. las señas de la casa donde »vive Hortensia.» Tu padre se marchó al fin profiriendo ame»nazas terribles contra tí. Te escribo apresurada, mientras »que mi padre, á quien no he podido convencer, le envia las »señas de tu casa al *autor de dias* mas obstinado que he cono»cido. Es menester que te escondas; tal vez no tendrás recur»sos: te envio unos cuantos napoleones de mis ahorros. Di»me el sitio en que te ocultes. Voy á rogar á Dios por tí, mi »pobre Hortensia.»

«LAURA LEMAULT.»

XII.

Hortensia entregada al mas violento espanto y á una desesperacion terrible, queria fugarse al instante; pero de noche, y sola, ¿á dónde habia de ir? Esperó á que amaneciera el dia siguiente. Se durmió rendida por el cansancio que le produjeron las vivas sensaciones de aquella noche, y por la mañana, una mujer que la servia la encontró atacada de una calentura muy fuerte. Una carta que recibió no era propia para calmarla; era de su padre. La noche anterior, al bajar una escalera se habia desconcertado una pierna, y á no ser por esto habria ido á buscarla al asilo en que ocultaba su vergüenza. Esta desgracia le privaba de levantarse. La aconsejaba con este motivo que aprovechara el término que esta casualidad fatal le obligaba á concederla para arrepentirse de su crimen. La ordenaba que siguiera al portador de la carta y fuera á reunirse con él á la fonda en que estaba hospedado. Si se resistia á ello, se haria llevar á su casa en una silla de manos, y mataria á su seductor.

Hortensia despidió al que habia llevado la carta diciéndole que ella mandaria la contestacion. Pidió en seguida papel y un tintero, y escribió unas treinta líneas con una velocidad extraordinaria. Nunca habia corrido aquella pluma tan rápidamente: ni aun cuando el pájaro que la llevára atravesaba los mares en busca de climas mas templados.

Le dijo á su asistenta que queria vestirse. Tenia el color encendido y los ojos brillantes. La asistenta la hizo algunas observaciones; la dijo que estando enferma haria mejor en permanecer en la cama. Hortensia pareció ceder, escribió una carta para Laura, y mandó á la asistenta que se la llevara.

—Despues llevará V. esta otra á donde indica el sobre; es para mi padre. No ha de llegar á sus manos hasta dentro de hora y media.

—Pero señorita ¿se vá V. á quedar sola estando enferma?

—Mande V. subir la portera.

—No seria mejor que mandase V. estas cartas con un mozo?

—No, es menester que V. misma las lleve. Envíeme V. la portera.

La asistenta salió, y subió la portera.

—Ayúdeme V. á vestir. Saque V. un vestido blanco del cajon de arriba.

—¿Este?

—No, otro que sea mas bonito.

—¿Vá á salir la señorita?

—Sí, voy á buscar á mi padre. Se ha decidido el casamiento.

—¿Qué casamiento?

—¡Ah! no sabe V..... mi casamiento con Fernando.

—Esta V. enferma, señorita; mejor haria V. en acostarse.

—¿Yo enferma? Nunca he estado mejor, ni me he considerado mas dichosa. Vaya V. á una fonda y diga V. que me traigan al instante lo que escribo en esta lista. Vaya V. pronto. ¡Ah! traigame V. tambien lo que he puesto en este papel.

Cuando Hortensia se quedó sola, se arrodilló, rezó, derramó abundantes lágrimas, y quemó las cartas de Fernando, su tesoro. Volvió la portera y trajo lo que habia ido á buscar. Pidió que la dejaran sola. Un cuarto de hora despues manda buscar un coche y un mozo, envia en casa de Fernando la comida que habia mandado traer, y atraviesa la calle, despide el coche, y subiendo con el mozo, llama á la puerta. Abre Fernando y esclama. ¡Hortensia!

El semblante de Hortensia tan animado poco antes, estaba á la sazon pálido como el de una muerta, solo sus ojos parecian despedir fuego.

—Si, es Hortensia. Escuche V., no podemos vivir así. Hoy ha de empezar nuestra felicidad.

—Cielos! Hortensia, ¿qué tiene V.? Está V. pálida, un temblor convulsivo agita sus miembros.

—¡Ah! ¡soy tan feliz! Nos vamos á unir para siempre.

—Cómo, su padre de V. ha consentido.

—No. Pero... ¿qué importa? He traido la comida de bodas. Encienda V. las bujías; deme V. un espejo, que me voy á poner en el pelo el ramo de azahar. ¿Le parece á V. que me está bien?

—Está V. hermosa cual nunca la he visto.

—¡Oh! me alegro. Pues bien; no me verá V. ya nunca menos hermosa. Póngase V. otro trage, el mejor que V. tenga.

—¿Para qué? ¿Qué quiere V. hacer?

—Ya lo verá V.

Fernando permanece breves instantes en una habitacion inmediata; cuando vuelve, halla la mesa puesta.

—¡Ah! ¿cuánto mas guapo está V. así? Escuche V., no quieren bendecir nuestra union; ¡Dios la bendecirá! Arrodíllese V. á mi lado, tome V. este anillo. Me recibe V. por esposa.

—¡Oh! sí.

—Y yo tomo á Fernando por esposo. ¡Dios mio! bendecid nuestra union... Póngame V. el anillo en el dedo. Ya estamos casados. Condúzcame V. á la mesa donde se va á celebrar el banquete de bodas.

Comen y beben, ó por mejor decir, no hacen ni lo uno ni lo otro. Fernando coge una botella para echar vino.

—No, de ese todavia no; es para el *postre*, es para brindar á la salud de los novios; ese será *el último que bebamos*. ¿No come V. fruta?

—No.

—Bueno. ¡Oh! hay una cosa que no le he dicho á V. todavia. Se trataba de elegir entre disfrutar unas cuantas horas de esta felicidad, ó de arrastrar una existencia miserable durante mucho tiempo. Yo he optado por disfrutar las horas de felicidad, y he hecho esta eleccion por V. y por mí.

—¡Cómo!... Hortensia... no entiendo...

—Ahora me entenderá V. Es que mi padre está en París.

—¡Ah!

—Nos negó su consentimiento: le busca á V. para matarle. A mí, me quiere encerrar en un convento, donde moriria lentamente de desesperacion: estaríamos separados eternamente. He preferido reunirme con V. Dentro de dos horas vendrá él aquí. Le he escrito una carta en que decia:

«Tengo el honor de participar á V. el casamiento y el fallecimiento de su hija Hortensia con don Fernando, pintor, que vive calle de.... núm....

—¡Hortensia... amada mia... cálmese V!

—¿Por qué no me llamas tu esposa?

—¡Esposa mia, por piedad, cálmate: hay una incoherencia en tus palabras!

—No, Fernando, todo lo que digo está muy puesto en razon, te lo aseguro. Soy tu esposa. ¿No es suficiente un instante siquiera de esta dicha, y no merece adquirirle á costa de nuestra existencia? ¡Y de una existencia que pasaríamos separados y desgraciados! Vamos á morir: este vino está envenenado.

—¡Hortensia, estás loca!

—¡No, V. es el que se ha vuelto cobarde! Si vivimos, estaremos separados. Vale mas morir; si V. prefiere la vida, si no se atreve V. á morir conmigo, me mataré yo sola, y moriré con mi corona de azahar.

Y entonces, mas rápida que el pensamiento, Hortensia se arrojó á la ventana, la abrió, y se iba á precipitar, cuando Fernando la detuvo entre sus brazos, y cerró la ventana herméticamente.

—¡Hortensia, amiga mia!...

—¡No se atreve siquiera á llamarme su esposa! ¡Ah, entonces mentias cuando me decias que moririas conmigo si no nos casábamos! ¡Mentias, sí.

—¡Hortensia amada, cálmate, no está todo perdido aun!

—¡Todo se ha perdido, sí! Me mataré sola; todo lo que he hecho, mi venida aquí me deshonra, si no muero al instante. ¿Se ha figurado V. por un momento siquiera que á no tener la seguridad de refugiarme en brazos de la muerte, me hubiera yo atrevido á venir aquí? ¡Pero V. no se atreve á adoptar un partido estremo!

—Hortensia, el cielo me es testigo que es á tí á quien yo quiero salvar.

—¡El salvarme es imposible: mi muerte está decidida!

Toma la botella y llena un vaso del ponzoñoso licor.

—Escucha: bebamos, y moriremos juntos.... dentro de una hora; tal vez mas tarde. ¡Una hora! ¿Crees que es pagar muy cara una hora de felicidad con el resto de una vida de tristeza y desesperacion?

—Hortensia, tienes razon, toda la vida por una hora de felicidad! ¡Dame, dame, quiero beber el primero!

Fernando ciñó con su brazo el esbelto talle de su amada, que reclinó su encantadora cabeza sobre el hombro del que llamaba su esposo; despues cogió el vaso con la otra mano.

En este momento sonaron en la puerta golpes atronadores y repetidos. Fernando se precipitó á abrirla, pero antes de que llegara á ella cedió á la violencia de los golpes, y saltó hecha astillas. Un hombre sostenido por un criado, entró gritando:

—¡Mi hija, mi hija! ¿Dónde está mi hija?

Despues se dejó caer en un sillon.

Hortensia esclamó:

—¡Mi padre!

Y se arrojó á sus pies, y en sus brazos, y prorumpió en lágrimas.

En este momento entró el caballero de la levita de color de castaña, conocido por el nombre de M. Lefebvre.

—¡Hombre, hombre, qué ruido! ¿Qué hay en tu casa? Diantre, una jóven y.... ¡Calla! ¿Es V. M. Delaunay?

—¿Es V. M. Lefebvre? ¿Qué hace V. aquí? ¡Qué casualidad!....

—Pero V.... esta hermosa jóven llorando....

—¡Oh, M. Lefebvre, todo se ha perdido! ¡Esta desgraciada me ha deshonrado, y no puedo cumplir ya á mi pobre amigo la palabra que le dí cuando murió!

—¿Pero cómo está ella aquí?

—¡Oh, la creí muerta!... ¿Pero, dónde está el pícaro que deshonra mi familia?

—¿No me responde V? ¿Cómo se encuentra V. aquí con su hija?

—¡Ah, Mr. Lefebvre! ¡Tomo á V. por testigo de que yo queria cumplir esa promesa sagrada; pero ahora ya!... ¡Ah! Dígaselo V. á su sobrino....

—Dígaselo V.

—¿Cómo?

—¿Dónde cree V. hallarse en este momento?

—¡En casa de un pícaro, de un infame!

—Si es ese el concepto en que V. tiene al amo de la casa, no estraño ya que mi sobrino no se apresure á hacerle á V. los honores.

—No. No engañaré á un jóven bueno y honrado, no le daré por esposa una muger culpable.

—M. Delaunay, la verdad, ¿está V. loco?

—¡Tengo un pesar profundo por esta desgracia!

—¡Pero hombre, si ahora poco era mi sobrino un pícaro, un infame, y ahora es un jóven bueno y honrado!

—¡M. Lefebvre, V. es el que está loco! Mi hija está aquí... aquí.... en casa de un hombre!!

—¡Pues bien! ¡Voto á brios, en casa de mi sobrino!

—¡Cómo! ¿Su sobrino de V?

—Que es este.

—¡Su sobrino de V., Fernando Lefebvre!

—El mismo. El hijo de mi hermano, de su desgraciado amigo de V. El jóven á quien está destinada su hija de V. desde niña.

Hortensia se habia arrojado en los brazos de su padre.... lloraba.... reia.... diciendo:

—¡Oh, padre mio! ¿Conque era él?

ALFONSO KARR.

FIN.

## LA FLOR Y EL CORAZON.

### La Flor.

¡Qué hermosa es la mañana en que nace la flor en el verjel! ¿Por qué el dia ha de seguir su curso, arrastrando tras de sí las bellezas de la mañana? Viene el mediodia con su sol abrasador, viene la tarde con sus recios huracanes.

La mañana con sus auras deliciosas, con su rocío de perlas llena á la flor de perfumes; el sol del mediodía la quema con sus ardores; los vientos de la tarde la quebrantan.

Esta es tu suerte, hermosa flor: ahora te veo abrir el capullo, verter el aroma de tu cáliz y dilatar tus hojas de purísimos colores; ahora es tu vida. Horas de la tarde, detened un momento vuestra carrera, dejando alargar la existencia de ese ser de la mañana.

¡Ay! es en vano: esparce tu seno flor, y llena las auras de perfumes gusta de abusar de tus encantos, que en breve te marchitarás cayendo deshojada á confundirte en la arena que te rodea.

¿Qué queda ya de su existencia? ¿Dónde estan aquellas galas de colores, aquellos tesoros de fragancia y de frescura? ¡ay! esta mañana se alzaba hermosa llena de sus poéticos encantos.... ¡pobre flor! ahora yace tronchada á distancia de su seco tallo, despues de haberla arrancado sus hojas los vientos tempestuosos de la tarde.

### El Corazon.

¡Bella es la infancia en que el corazon empieza su existencia! ¿Por qué ha de avanzar la vida en su camino, llevando consigo las ilusiones de la infancia? Llega la juventud con sus pasiones, llega la vejez con sus pies en el sepulcro.

La infancia con sus sueños encantados, con sus ilusiones de oro llena al corazon de esperanzas; la juventud con sus pasiones le abrasa, la vejez apaga su existencia.

Esta es tu historia, corazon: ahora siento moverte dentro del pecho, latir con fuerza y ensanchar tus deseos de brillantes esperanzas; ahora vives. Dias que vendrán, no llegueis tan pronto, permitiendo á la infancia cubrir un instante mas con sus encantos al corazon.

Inútil ruego: abre tu centro, corazon, presta esperanzas al pensamiento, y goza de los placeres que presumes, que pronto cesará tu entusiasmo, rodando imbécil por el estéril campo de los recuerdos.

¿Qué resta de su entusiasmo? Dónde se fueron sus ilusiones, sus sueños de ventura y de placeres? ¡ay! un tiempo en su inocencia forjaba mundos de gloria y de esperanzas... ¡pobre corazon! ahora muere lejos de su cuna, buscando placeres que no halla, porque arrebató uno á uno sus ensueños el furioso vendabal de las pasiones.

PRIMITIVO ANDRÉS CARDAÑO.

Dentro de pocos dias debe ver la luz pública el tomo primero de una coleccion de novelitas originales de la distinguida poetisa doña Carolina Coronado.

El tomo primero contendrá la novela intitulada *Paquita*, con un prólogo de don Adolfo de Castro.

Y el segundo, dos novelitas que son *La Luz del Tajo* y *La Adoracion*.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

*Entre César Augusto y Napoleon, hay varios puntos de comparacion.*

2009 Ministerio de Cultura

—Siga usted haciendo uso de medios colores y deseche los muy marcados... pero obre con tino y cuide de que el cuadro no se desentone, para que logremos concluirle á nuestro gusto.

REDACTOR Y PROPIETARIO DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y establecimiento tipográfico del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, calle de Jacometrezo, núm. 26.

2009 Ministerio de Cultura